

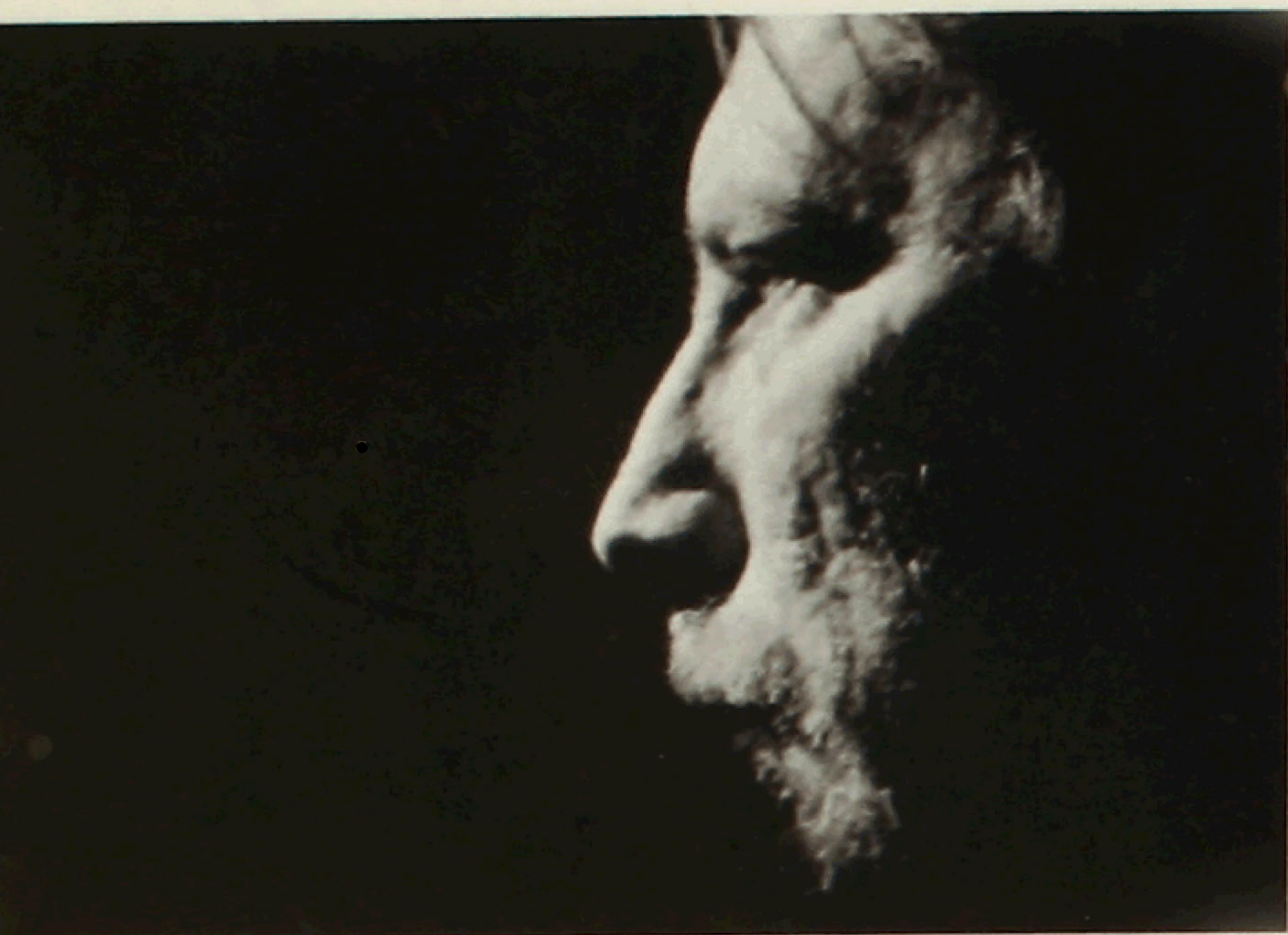
Tomás Harris

Tridente



RiL

editores



Tomás Harris nació en La Serena en 1956. Estudió Educación Media en Español en la Universidad de Concepción (1976-1981) y Magíster con Mención en Literaturas Hispánicas en la misma Universidad, entre 1982 y 1983. Actualmente cumple funciones de Investigador en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile y es profesor de poesía moderna en la Universidad Alberto Hurtado.

Ha publicado, entre otros, los siguientes libros de poesía: *Diario de navegación* (1986), *Cipango* (1992), *Noche de brujas y otros hechos de sangre* (1993), *Los 7 náufragos* (1995), *Crónicas Maravillosas* (1997), *Itaca* (2001) y *Encuentros con hombres oscuros* (2001). En 1993 obtuvo el Premio Municipal de Poesía por su obra *Cipango*, y el Premio del Consejo del Libro y la Lectura, categoría inédito, por su libro *Los 7 náufragos*. En 1995 recibió el Premio Pablo Neruda. En 1996 obtuvo el Premio Casa de las Américas por su obra inédita *Crónicas Maravillosas*. Ese mismo año publicó, en coautoría con Teresa Calderón y Lila Calderón, la antología *Veinticinco Años de Poesía Chilena, 1970-1995*. Fue jurado del Concurso Premio Casa de las Américas, género poesía, en su versión 1998. En el año 2001 fue finalista del premio Altazor, Mención Poesía, con su libro *Encuentros con hombres oscuros* publicado por este sello.

Thomas Harris

TRIDENTE

Tridente

RIL® editores,
por la
bibliodiversidad

Tomás Harris

Tridente



editores

Ch861 Harris Espinosa, Tomás
H Tridente / Tomás Harris Espinosa. -- San-
tiago : RIL editores, 2005.

150 p. ; 21 cm.

ISBN: 956-284-429-3

1 POESÍAS CHILENAS. 2 LITERATURA CHILENA.



© Copyright 2005, by Tomás Harris Espinosa

Inscripción 146.782

Departamento de Derechos Intelectuales de Chile

ISBN 956-284-429-3

RIL® editores

Alfárez Real 1464

750-0960, Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269

rileditores.com / www.rileditores.com

Composición, diseño de interiores e impresión: RIL® editores

Diseño de portada: Cristián Silva L.

Ilustración de Portada: Beatriz Hagel (bhagel2000@yahoo.es)

Impreso en Chile - Printed in Chile

Derechos reservados

*A Francisco de Goya y Lucientes,
quien privado del paraíso de la
oreja, no le quedó más que el
infierno de la visión.*

*Al poeta Morales Monterríos, por
acertar con el título de este libro.*

A Teresa, siempre.

Speculum Mundi
(William Gibson)

CUANDO MIS OJOS VIERON

VERDAD EL MUNDO DE EDIPUS

TERMINA EL MUNDO DE EDIPUS

EDIPUS VISOR DE EDIPUS 1.

Edipo Androide en la blanca Colono

EDIPUS VISOR DE EDIPUS

EDIPUS VISOR DE EDIPUS

EDIPUS VISOR DE EDIPUS

Speculum Mundi
(William Gibson)

CUANDO MIS VACÍAS CUENCAS
VIERON EL CIELO DE COLONO
TENÍA EL COLOR DE UNA PANTALLA
DE TELEVISOR SINTONIZADA
EN UN CANAL MUERTO
CHISPORROTEOS VIRTUALES
DE UN ORÁCULO QUE SÓLO ANUNCIABA
UN MÁS DESCONSOLADOR VACÍO.

Wanted Edipo

Sin duda es un mal tipo, un hijo de perra.

Se arrancó los ojos después de que supo
que su amante era su madre.

Antes le había disparado al viejo que lo engendró
con una escopeta recortada,

porque se interpuso entre él y el estante del whisky.

Sobornó a la policía del lugar y reinó abusando

| del terror.

Pero no hay mal que dure cien mitos.

Los de su propia tribu lo expulsaron de la aldea.

Sin duda es un mal tipo con muchas carreteras

| en su haber.

Anda acompañado de sus dos hijas,

unas lazarillas andrajosas y putangonas,

que aún conservan el último aliento de la adolescencia y
que se prostituyen para darle de beber.

Cuando llega a alguna ciudad pregunta

siempre, como quien averigua si hay un buen lugar
donde tomar cerveza o un cine donde exhiban

| películas porno,

pregunta siempre que llega a algún sitio,

tanteando el aire, diríase que con miedo a algo

| no preciso:

¿hay una Esfinge por aquí?

Carta de Edipo a Aurelia encontrada
en la cabeza oxidada de un misil,
en Tebas, la anticiudad

A ti, Aurelia, que te retiraste a tiempo del oficio

¿Recuerdas cuando nos juntábamos a la salida del Metro
para conspirar contra la tiranía de Tebas, tú y yo?; pero
eso era antes de la llegada de los peces
luminosos que rinden culto a un Monje demente;
ahora nadie se atreve a juntarse a conspirar a la
salida del Metro.

Solo mendigos y leprosos
deambulan al garete bajo las aguas pesadas
que lamen las márgenes del río;
abril es abril y el Ganges, el Ganges,
en un mes inmóvil,
y en los fúnebres urinarios unos cadáveres se reabsorben,
se succionan la grasa impúdicos
en esos fétidos meaderos públicos,
pululantes de putas explosivas,
de intocables,
y los peces luminosos del Monje, los peores.
Toda la ciudad ahora es turbia e inhóspita,
tal como debió ser París

en tiempos de Fantomas y Baudelaire,
pero sin el cisne agónico en el légamo junto al Louvre:
Ebriedad religiosa de las grandes ciudades...
Pero ahora ya nada es ebrio ni religioso,
ni el cisne harapiento ni los 7 aqualangs
siguiéndote turbios por las simbolistas veredas
| baudelerianas;
sólo un río legamoso y putas algorítmicas,
descarnadas, holográficas; pero letales.
Nosotros seguimos viajando, mercenarios incógnitos
| entre tanta Nada,
asesinos sin sueldo, por Colono y sus fronteras.
Cierto, hemos perdido a algunos.
Tal vez muchos.
Aparentes suicidios.
Dudosos accidentes aéreos.
Sobredosis subliminales de Dios.
Estigmas en la corteza cerebral.
Ahora estoy más solo que nunca, con esa soledad
| inmensa del destierro,
sólo tengo a mis dos hijas por ojos, por videncia
| desamparada,
sueño con mis años de tirano justo,
pero ya ni los enigmas ni el *amour fou* son para mí,
sólo me queda el atroz y bajo consuelo del dipsómano
y el saloon transparente de las demenciales imágenes.
En Colono, la blanca, mirando el horizonte
| y la frontera de Atenas, USA.

Carta de Aurelia a Edipo hallada
en un depósito de aguas pesadas
abandonado en un desierto
de Arizona, Colono

Edipo, *mon semblable, mon frère!*:

(¿Recuerdas que así te gustaba que te llamara
| en pleno orgasmo?)

pensaba que habías muerto,
que habías caído en las garras crueles
de algún cristiano primitivo,
del espectro vengativo de Mr. Nabokov
y de sus múltiples y criminales sectas literarias,
o, a lo menos, aún te creía vagando
por las ciudades que florecen
como tristes siemprevivas a la vera de las autopistas:
ciertamente, Edipo, te creía definitivamente muerto,
o en algún hospital para veteranos de guerras fratricidas
todo entubado y echando baba por la boca y maldiciones
por tu falo ya agostado, como feto muerto;
pero veo que sobrevives, querido amigo, Edipo:
un tipo que adora a un monje parecido al Monje de Lewis
me dijo que te había visto aún por ahí, con tus
dos hijas desdentadas a las que ya solo desean
| los vagabundos.

¿Cómo puedes sobrevivir así?

¿Cómo puedes sobrevivir sin conspirar contra
| la tiranía de Tebas?
¡Ahora que por fin nos faltan motivos para Todo!
Y que, además, el Todo es tan extenso
que nadie ni nada está afuera del Todo.
Dame algunas señas para llegar a ti y enfrentarnos
con los tipos del Monje,
o para echarle mano a los ladrones de córneas
| y órganos,
la recompensa es de tres yens, con su herrumbrosa
| leyenda:

SOMOS EL BUDDHA.

Yo estoy algo deprimida desde que el Imperio
| Transparente
es el amo del Universo, como a ellos les gusta decir.
Acá en Tebas ha restablecido su Reino de la Transparencia
y sin tu odio filial y los pestíferos coitos con tu madre
vamos perdiendo día a día más sudor, más lágrimas,
más semen, más organicidad.

*Aurelia, búscandome a mí misma en las pantallas
grises de los computers.*

Carta de Edipo a Aurelia hallada
en una gabeta bajo el teléfono
rojo del Pentágono, Oklahoma, Tebas

Aurelia, hija de mis protervos deseos,
se hace lo que se puede,
como dice un viejo proverbio tebano que atesoro
en este, mi destierro:

Ahora nos dedicamos a conspirar contra los
| Consorcios del Antideseo
y seguimos con lo de las putas explosivas.

Como siempre los detonadores están situados
| en los pezones,
la glándula pineal y la planta de los pies.

Zonas erógenas como istmos.

Mis hijas siguen siendo mis ojos, mis reflejos.

Pero seguimos perdiendo gente.

Además de esos peces luminosos amantes del Monje.

Así ya no se puede soñar ni ver formas arcaicas

| en las nubes.

Pero, ahora, ¿qué fétida utopía nos une o desune?

Con semblante preternatural,

las mutantes orquídeas sexuales,

la casta de los peces luminosos del Monje,

los zombies antropófagos de Romero I,

toda esa escoria, a las 2 p.m. H.d.L,

nos arrojan fango, ambrosía al culo expuesto,
nos gruñen babosos desde los intersticios

| de los cines XXX.

¿Mis dos hijas, las putas más explosivas de las

| carreteras?

Igual, gracias, me sigo ganando la vida con ellas,
aunque van perdiendo los dientes, deshaciéndose

| bajo la lluvia,
el negocio ya no es lo mismo; pero hay que

| comprenderlas,

las putas son de barro, también hijas de la 3, 14

| expulsión del Paraíso.

Y la competencia holográfica es lo peor.

Las cintas de Moebius, los interfaz,

la colonización de las Ganas.

No hay riesgo de sida ni afluentes
corporales ponzoñosos.

¡Señoritas digitales para refrescarse este verano!

pregonan los proxenetas mutantes

junto a sus sarcófagos de carne transgénica.

¿Cómo puedo seguir odiando a mi Padre,

| deseando a mi Madre

rodeada de gardenias y buitres heráldicos,

si ya todos los espejos han virado en pantallas, grises,

sucias, como el cielo de Colono, y ya ni siquiera sé

si yo mismo soy yo o el mismo?

Edipo, desde la lisa, cruel, faz de la interfaz.

Carta de Aurelia a Edipo hallada
en los documentos desclasificados
del Consorcio del Antideseo
en la Abadía de Carfax, Colono

Vivimos a punta de ganas, pero todos nuestros edificios
son falansterios vigilados,
panópticos, bibliotecas como la de Babel:
tienen ahora un libro sagrado, se titula *Vigilar por vigilar*;
creo que lo escribió un filósofo japonés de origen ario,
es un libro de un estilo abigarrado y subliminal,
algo así como el *Finnegans Wake*, pero en japonés ario,
dicen que es intraducible, que contiene maldiciones
eternas, sin nombre, para quien se atreva con
| su traducción.
Tú sabes, querido Edipo, lo dañinos que son los
| libros sagrados
escritos por los pueblos miserables que se creen
| los elegidos.
Después de Babel, esa fiesta en que nadie entendía
nada, pero éramos felices descifrándonos
en nuestros coitos, el único esperanto.
Tú, que fuiste el chivo expiatorio, tú, que vagas
| en el destierro,
muy bien lo sabes y sangras de tus cuencas por ellos.
Cuídate, querido Edipo, que aún te necesitamos.

Ni los espejos ni los fractales son tan eficaces como Tú.
Nadie cortaría un nudo gordiano por un espejo
| o un *supuesto* Azar.

Hace algún tiempo (remoto) aún hacían retratos
| hablados de ti.

Te acusaban de la muerte de padres y reyes.

Ahora solo es un souvenir, a un mísero yen,
cada retablo hablado tuyo en el destierro, acompañado
de tus hijas, lazarillas tan putitas, pero siempre
| fieles a su padre.

¿Que carretera perdida te desampara?

¿Qué gasolinera o motel embrujado te cobija?

¡Pasar de héroe trágico a personaje de un cuadro
| de Hopper!

Querido Edipo, cómo nos cambia el Destino.

Pero aún quedan padres y tiranos en esta
| horda crepuscular,
y espero que la ceguera te traiga sabiduría y fuerza
para dar con los hideputas en sus recónditas
| madrigueras.

Tuya, Aurelia, desde un sueño improbable, sin data.

Carta de Edipo a Aurelia hallada
en las inmediaciones de las ruinas
del manicomio “Open Doors”,
Tebas, Illinois

A Lila Calderón

¿Cuándo nos va salir una puta santa para exhibirla
| en los balcones
del Palacio de Bellas Artes bajo la lluvia de abril?
¿O un santo que sepa del oficio de las bellas letras?
¿Un Cioran? ¿Un Dios del Subsuelo?
¿Quien podría escribir el diálogo de los santos
con los androides que sueñan con ovejas eléctricas?
¿Un Shakespeare aquejado de oligofrenia en El Peral?
¿Un Dostoievski exiliado en el Hogar de Cristo?
Ejemplares como esos no los dará,
en esta enmohecida tierra,
ni en siglos, la selección pringosa de las especies,
ni Darwin ni el Azar barajando los ya ajados
| naipes del no-Tiempo.
¿Y el Monje de los peces esquizofrénicos y alucinados?
Dicen que tienen un lema: “Los peces no pueden
| usar armas”.
Lo tomó de un libro que todos leen y nadie
| entiende: *Valis*
de Philip K. Dick, otro profeta subliminal del siglo XX.

Eso es peligroso. Muy.

No sé por qué esta tarde de aguas pesadas
me dio por recordarte,

cuando tú y yo nos juntábamos en la estación del Metro,
en la línea 666, terminal Cementerio General,
acechando posibles víctimas impúberes,
como era antes, cuando tú recién estabas
aprendiendo el oficio de la carne y yo escribía
mis primeros sonetos al Demonio.

Tomados de la mano, sin miedo a los mutantes,
a los peces luminosos del Monje,
a los zombies antropófagos.

¿Vamos a ver *Blade Runner* por décima vez?,
me proponías a la salida del Metro sin importar
que yo fuera un androide clandestino
y lloviera sin pausa sobre el Ganghes y sus

l pútridos intocables,

antes de que nos hiciéramos sombras, barro negro,
fumarolas como humo en tus ojos de puta explosiva,
como en esa canción de los apócrifos años '60.

Pero tal vez regresen los '60 y nos volvamos
a juntar en un recodo del Tiempo Varado,

l a soñar utopías vanas,

deshojando margaritas radioactivas,
o solo para entrever al unicornio blanco
galopando entre la niebla húmeda en la húmeda sala
del derruido cinematógrafo de nuestra memoria.

Tuyo, Edipo. Colono, abril de 6294.

Siete poemas de *Amor Fou*
de Edipo a Aurelia escritos
en la frontera de la blanca Colono

1. El último beso del vampiro

(Walter Benjamin)

A la muchacha en flor o a la anciana verde purulenta,
a ambas Venus anadiomenas inalcanzables,
| que no me creen
que soy un viejo poeta de mil años que reencarna
| y reencarna,
que soy el viejo Nosferatu y no miento,
que he vencido enigmas y destronado esfinges,
las invito a la pieza del hotel enquistado en mi cráneo,
en las callejuelas de oro agreste de la triste Colono,
para que vean, entre el polvo y las arañas que ofician
de sábanas, que de mi verga antaño salobre
| como mar oceána,
horadora de madres y de reinas,
ahora solo salen en tropel fetos muertos y culebras,
y que sólo puedo ofrendarles el fétido chupón
| del vampiro
desdentado, ciego, dipsómano, pero inmortal.

2. Poema póstumo

Ahora que he muerto y mis gusanos aborrecerías
podría decir tu nombre, a ti, que no eres Lesbia,
y a quien no poseí en esa playa ancha de estrellas y
dunas, no por falta de deseo, sino porque quería
guardar el deseo bajo esa luna para esta otra luna,
el foso ovalado de mi tumba.

Pero seguiré callando tu nombre, ¡oh deseada
y no poseída!, no porque ya no tenga labios, corroídos
por estos gusanos tan blancos como tus muslos, que
guardé para este momento: el de llevarme el deseo,
única manifestación de la vida, a la tumba.

Mi placer eterno consistirá en repetir que tu nombre
no es Lesbia ni Anabelle Lee, sino la ignota elegida
para mi deseo constante y mis polvos más allá
de la muerte.

3. Amor a última vista (Walter Benjamin)

En las grandes ciudades, las de los pétalos negros,
no existe el amor a primera vista,
sólo hay *amor a última vista*.

¿Han escuchado eso, no?

¿Han visto a las caminantes viudas?

En el último Metro

Les yeux d'une morte / M'ont salué.

En el último Metro.

¿A alguien le ha ocurrido eso?

Omar Cáceres, *flâneur* chileno,

que murió a comienzos del siglo pasado,

en extrañas circunstancias cercanas al crimen,

me sugirió, en un sueño, que podría haber sido

| una mendiga,

una vieja mendiga ciega,

perdida sobre los rieles.

Pero él se refería a los tranvías, no al Metro.

Un amigo poeta,

sin saber lo que me había dicho Omar Cáceres

| en el sueño,

me sugirió el mismo anatema.

Yo le juré que un telar le cubría las córneas,

y no era un telar de este mundo.

(Como tejido con las manos de Ariadna)

Pero mi amigo poeta insistió en que debía ser

| una mendiga ciega,

algún desalmado le habría robado las córneas.

Corren vientos pútridos, orgánicos, acá en Colono,

| Texas, argumentó.

¿De qué manera decirlo?

Les yeux d'une morte / M'ont salué.

En el último Metro.

¿Acaso a nadie le ha ocurrido un amor así,

| *a última vista?*

Omar Cáceres, en otra aparición nocturna,

me confidenció:

—A mí me asesinaron por perseguir

a una mujer vestida de negro,

como aquella que se paseaba por las páginas umbrías
de *Hambre* de Knut Hamsun.

4. Cacería amorosa

La gacela saltó a la sabana, así anoche pestañó
el búho, luz rubia desde la sombra y el humus y tras ella
galopó el guepardo; ¿qué hacía la gacela en la sabana
si no es su hábitat?: tal vez dormitaba temblando o
comía de esas moras blancas, o los moros emigrados
trataban de violarla; la gacela galopó en la sabana
(así anoche pestañó el búho y después el eclipse)
como galopan las gacelas en la sabana y tras ella,
| el guepardo,
un tremolar de carnes prietas bajo el pelaje, cintilantes,
también del guepardo, esas ancas, esas corvas que cortan
la brizna, las retorcidas acacias que les rasgan el pelaje
a ambos animales, gacela, guepardo, y las garras en el aire
y los resoplidos de la cabeza cerval angustiada
(¿de qué fue el eclipse, esa noche de sol y luna?)
que ya rasga las ancas en celaje, y el aire se abrillanta
de sangre, cristales de mampara, vitral roto
por el estampido de un atentado terrorista; pero
acá en la sabana nadie grita, ambos animales solo
jadean y gruñen y bufan en la estampida dual,
el reguero de sangre es del guepardo, él la derramó
con sus garras y ahora las dentelladas, cómo alza
la cerviz la gacela bajo la corrida de incisivos y colmillos,
ya habrá más sangre en este acto de amor del poema

en el que la gacela y el guepardo se emborrachan:
la sangre es vino; las garras, candelabros
en los que las llamas se derraman sobre el pasto seco;
entonces, arderán, la gacela y el guepardo
en ese acto de amor y carnicería, arderán como
la sabana
y se echarán sobre el piso ardiente, rodando, bufando
y así la sabana será la sábana violenta de la tarde,
y olerás la carne, tu propia carne que
mis fauces desnudan
y maduran como fresas y se desparraman las semillas,
y ardemos en este abrazo hambriento y sudoroso,
sándalo de animales; pero como el incendio arrecia
los aplastarán los otros animales, los que huyen en
despavoridas
manadas, y la gacela y el guepardo sangrarán juntos
y volverá la noche, y en sus cuerpos el silencio, el eclipse,
ya exhaustos, inmóviles, así pestañó ayer el búho.

5. Violación y parto enamorados

Si me ves ya en lo profundo del bosque o
en una encrucijada de caminos polvorientos,
abre para mí tus piernas, blanca diosa, para zambullirme
en los destellos de tu vulva tornasolada,
para sumergirme en tus amnióticas entrañas salobres
y acurrucarme en tu colchón de anémonas y esporas;
para sumergirme bajo el mar respirando hondo en
la plétora de tu útero, y no temas si te hinchas
como el sol, y brillas como el sol, y ardes como el sol,
porque yo estaré renaciendo santo en tus entrañas,
nueve veces nueve meses nueve latidos de tu carótida,
y tampoco temas cuando te dilates, cuando tus
huesos crujan,
cuando rompas aguas, porque yo habré estado en
tus profundidades marineras como un cinco palos
escorado, el mismo cinco palos de Mallarmé,
en tu calma chicha, haciéndome tu feto,
tu monstruo, y aguanta otra vez la sangre que sangraste
al nacer, y respira profundo como respiraste al nacer,
y acompasa los ritmos de tu corazón a la tiranía
del afuera, como al nacer, así, amor de una noche en
la encrucijada de dos caminos, de lo más profundo
del bosque donde te violé con tu tierno consentimiento
de madre, de madre ahora que me pares de mí mismo,

y con tu lengua instintiva me limpies de tu propio
| adentro
y respiremos juntos, acompasados, para que por fin
de a dos sea la cópula, para que recibas mi falo nuevo
esplendente, en tu abertura aún sangrante, húmeda
| de parto
y placenta, y continuemos la rueda que nos aleja
| de la muerte,
la rueda de fuego, por una noche, diosa blanca,
| madre felina;
la rueda de hielo, por una noche, hijos del Todo
| y de Nadie.

6. *Fabula in lector*

A Teresa

*No hay nadie como tú entre las bailarinas;
nadie de pies tan ágiles.*

Ezra Pound

Yo era un poeta relativamente mediocre,
del montón, pero había escrito dos o tres buenos
versos infaltables a la hora de las antologías
tenidas por correctas en las academias.

Ella era una bailarina de ojos negros y zapatillas rojas,
no había nadie como ella con pies tan ágiles,
liviana como una alondra en la ventisca;
ella era una bailarina de ojos negros y zapatillas rojas
y yo un poeta mediocre, de esos que llaman
usualmente menores.

Así un día dejé de escribir versos falsarios
para dedicarme a su amor. Pero ella era una bailarina
de ojos
negros y zapatillas rojas, mágicas, que no le daban
descanso
ni de día ni de noche.

Un día le cortaron los pies para que dejara de bailar.
Yo, para no ceder a la tentación de los versos,
me corté las manos.
Y ahora la persigo confundiendo el reguero de sangre
de mis muñones con sus huellas carmesí por los
caminos polvorientos.

7. El dinosaurio o *El amor* *en los tiempos del cólera*

Cuando despertó, el dinosaurio aún estaba ahí.

Augusto Monterroso

Cuando desperté, aún estaba ahí.

El pelo –¿serpientes, cenizas?– se adhería a la almohada
por la flema reseca, los residuos del vómito orgiástico,
¿suyo, mío, o de ambos entrelazados como efluvios
| del aquelarre?

Cuando desperté, aún estaba ahí.

Fantasma de una noche de amor fantasma.

No sé si era inmaterial, pero su desesperación
abrigaba la mía, en esos tiempos donde el alcohol
era el único refugio contra lo *Unheimlich* y los vampiros.

Cuando desperté, aún estaba ahí.

En su desnudez lunar respiraba como implorando:

| “mátame”,

bajo los haces de los vitrales de un templo en ruinas.

Nuestros cuerpos eran templos en ruinas, llenos

| de musgo

y óxido de alcohol. En esos tiempos cuando

| el alcohol era

el único afrodisíaco que permitía una noche

| de aquelarre.

Y la luna brillaba en el cielo como una pupila vaciada.
¿De qué pintura emergió el sucubus?
¿De Dix, de Goya, de Bacon?
Cuando desperté, aún estaba ahí:
su respiración era como una trompeta con sordina,
un tremolar de celofán rojo y *blue velvet*.
Cuando desperté, aún estaba ahí.
Yo no sabía su nombre, ¿tendría *eso* nombre?;
pero el milagro era que aún estuviera ahí, unido
| su cuerpo al mío por el
cordón umbilical de una noche amarga y sin recuerdos
de placer. Mejor hubiera despertado solo,
con mi vómito y mi temblor, sin ese animal extinto,
en los tiempos del cólera, suplicando “mátame”;
eso que brindaba el espejismo, el amor.
Afuera, tras las mediaguas embrujadas de la ribera,
los cadáveres emergían en la superficie del Ganges,
y se abrazaban, hinchados de fango, al garete.

Colono, Pomona, Illinois, 7492

Carta de Aurelia a Edipo encontrada
en el mingitorio del Bagdad Café
de la Biblioteca de Babel, Colono

Edipo, *mon semblable, mon frère!*:
¿pero qué le ha sucedido a tu mente?
¿Por qué me haces llegar poemas así de decadentes?
¿Acaso tus hijas no te procuran el suficiente alcohol y
estás sufriendo alucinaciones, sudores fríos, tembladera,
delirium tremens? Tienes que sobrevivir, resistir,
Edipo, *hypocrite lecteur* de mi cuerpo,
porque la Humanidad o lo que
va restando de ella te necesita aún.
¡Te necesitamos, Edipo, amor mío!
¡Sálvanos al menos de esta turbia transparencia!
Te invito a conspirar conmigo, pero no por esas
carreteras perdidas, por esas gasolineras mustias
| de Hopper
por donde deambulas y vagabundeas,
sino aquí, en mi cama atestada de locura y sal.
Puedo hacerme de sal para ti
Edipo mío, como la mujer de Lot.
Y podremos conspirar solos los dos contra
| nuestros propios
cuerpos sudorosos y condenados,
hasta que amanezca,

hasta que despunte el sol y nuestros gemidos
acallen el canto del gallo.

Sólo basta que me lo pidas y me envíes una de esas
postales viejas y sucias con chicas pin-up
que tanto te gusta adquirir en los andenes desiertos
de tercera clase, con un mensaje cifrado.

(Un pez o un corazón de Jesús).

Yo lo comprenderé, te daré mi amor, te lavaré
esas llagas adquiridas en los bares y saloons del diablo
donde sé que tocas una trompeta imaginaria
mientras tus dos hijas cantan y bailan,
hasta que les arrojan unos
miserables yens como perlas a los puercos.

Debes salir de ese Mal, amigo, Edipo querido,
de esa nostalgia
enquistada en tu sabio ojo pineal, de esa mácula.

¡Qué haríamos sin odiar al padre!

¡Sin enamorarnos de nuestra puta madre!

Abandona ese apestoso Colono y deja de vagar
por sus márgenes,
deja esos dañinos ademanes de desterrado ciego
y andrajoso.

Mi cama de sal y sueños te espera
y mi deseante corazón henchido
como la más de las orquídeas de *amour fou*.

Tuya, en el Vacío y en la Plétora, Aurelia.

Reflexiones de Edipo en el desierto calcinante de la blanca Colono

El arte afirma. Job afirma.

F. Nietzsche

¿Calígula era un loco enamorado
o un emperador romano que mamaba la sangre
de su hermana?

¿Era Nietzsche un filósofo
con un arpón en la mano,
un Ahab filosofante,
y la Historia de la Filosofía
su ballena blanca,
o simplemente odiaba en la filosofía
a su puta madre y a su miserable hermana
hinchidas las tetas con la leche del incesto?

¿O eran ambos poetas decadentes,
perdidos amantes de sendas hermanas?

Ya no quedan hombres como Calígula.

O como Nietzsche.

(A menos que Bernardo Soares sea real).

quizá los halles en otro sueño,

Cierto que Calígula nombró Cónsul a su caballo
pero ¿acaso Nietzsche no lloró
en la plaza Carlo Alberto abrazado al cuello
de un caballo maltratado por su dueño
en la alborada de su declive final?

Algo parecido ocurrió en la Rusia de Raskolnikov.
Delirio aparte, ambos, Calígula y Nietzsche, fueron
poetas benditos en busca de autor
en tiempos viles y anónimos.

Tiempos viles y sin esperanza, como
mi destierro en Colono.

Debes salir de Colono.

encuentra en el mundo un lugar donde puedas vivir.

¡Que borremos el mapa de la Europa del Este!

¡Sus enamorados de guerra se volverán amantes!

Abandona ese mundo de locos y de enfermos.

¡Un gran mundo te espera! ¡Un mundo de hombres!

¡Deja atrás la noche del invierno y el frío!

¡Ven a vivir en el mundo de los hombres!

¡Mi cama de sal y de lágrimas te espera!

¡Perdidos amantes de siglos pasados!

¡Como la rosa de las espinas de amor!

¡Ya no quedan hombres como Calígula.

¡O como Nietzsche!

¡A menos que Bernardo Soares sea real!

Carta de Edipo a Aurelia donde
declara su renuncia al deseo en
aras de la muerte, de pie, mirando
el horizonte, desde la infranqueable
frontera de la blanca Colono

Estos, aunque volátiles fragmentos,
son mis últimos poemas al Amor Imposible,
al cuerpo sin presencia,
a la carne hinchada de ausencia;
ya de mi boca y mano no surgirán jamás nunca
estériles cortejos de deseos de luto, sin objeto,
porque anoche soñé que besaba a la muerta
y su lengua tenía regusto a cenicero,
y mis papilas se alfombraron de cenizas
y este órgano deshuesado me pesó en la madrugada
como una lámina de oxidado latón.
Por eso, guarda estas palomas mensajeras heridas
de muerte en tu ropa interior,
en el desvaído perfume de sándalo
que anida tras tus lóbulos
y sella con tu arito de perla negra
todo lo que ha dicho para ti, vanamente mi deseo.
Si estos fragmentos quemados antes de nacer
no pudieron producir llama viva en esta vida
quizá los halles en otro sueño,

pero será en el sueño amordazado de la muerte,
donde las palomas agonizan negras
y los cuervos se ríen a carcajadas, blancos,
de la piel, de la palabra, del deseo y de los amortajados
labios de la muerta nunca jamás por mí besados.

Algo parecido ocurrió en la Rusia de Rascolnikov.
Ya casi Nadie, tu Edipo, desde la frontera
infranqueable de la blanca Colono.

Fragmento del diario de Edipo en Colono
donde lamenta la exposición del destierro

Lejos de los campos, mi casa, la tierra culta
y los frondosos olivos, los rebaños, el perro fiel,
en una nueva *mise en scène* jamás soñada por mis manes,
donde por regla general debía estar la puerta de Palacio,
ahora sólo se abre en las cortinas pringosas
una miserable caverna o una gruta de papel mâché;
quizá esta sea mi última y mal actuada representación,
en el Cine Colono que se va cayendo a pedazos,
derruido y pútrido; ya la chica que vendía *pop corns*
partió a la gran ciudad, Tebas y sus luminarias

seguro terminará de puta en un pep show peor | menguantes,

| que este cine.

Ahora la reemplaza una desdentada harpía
que vende palomas agónicas, legañosas y sangrientas,
entremezcladas de plumas desprendidas de sus

l alas de cuerva.

Sólo cafiches y putas y algún marinero abandonado llegan a la última función, a perder un poco más sus esperanzas y su semen sin saberlo de dañados. Cómo detesto repetir el parlamento manoseado de mi Destino: me eché al viejo, me culié a mamá, los vecinos estaban cabreados y llamaron a la poli y en mi destartalado Ford Mustang me fui de carreteras,

con mis dos hijas sin madre que les enseñara
a bordar, a respetar sus cuerpos,
a no andar mostrando el culo sólo porque aún
son jóvenes.
Ya nadie recolecta el grano de la tierra inculta,
ni los higos que nos recuerdan la herida del sexo
al crepúsculo
como en el poema de Lawrence:
el mar regresa apenas en sueños, pero sucio como
una pantalla de T.V. al cierre de la transmisión.
Ay, lamentable existencia la de un hombre
que desde tiempos remotísimos no ha tenido la alegría
de verse escanciar el whisky de su propio destiladero.

Cine Colono, un día más como muesca en las
butacas manchadas de semen.

Fragmento del diario de Edipo escrito a la medianoche, en el Colono, bar de los desterrados

Una noche perdida en mis noches,
que ahora rescato para el recuerdo
de su hendidura y su phantasma,
arribó, andrajoso, al Colono, bar de los desterrados,
un tipo que decía llamarse 7 Mares,
por las innúmeras tintas llanuras recorridas,
por el Helesponto sin carena del Trópico americano,
y se sentó inmóvil a beber del agrio vino de la blanca
| Colono,
bajo la moribunda roja luz del farol
que el patrón del tugurio, Filoctetes,
muerto años antes de esta historia, en extrañas
| circunstancias,
próximas a un artero asesinato,
había puesto dentro de un contrabajo negro
adosado al mural de Camarena
que ornamentaba el muro del fondo del bar.
Mis dos hijas me dijeron que tenía las cuencas
de los ojos vacías como las mías y sus brazos
| bronceados
estaban tatuados de inextricables motivos,
sirenas, antípodas, endriagos, grifos,
mantis religiosas y otros portentos;

mis dos hijas me susurraron al oído, el océano
| de mi percepción,
que aún sin ojos parecía mirarme fijamente,
como si reconociera su pasado en mi pinta desterrada,
por lo que me acerqué hasta su mesa
de madera pulimentada por el vino de los asesinos,
y me acodé junto a él, dirigiendo fijamente
mis dos cuencas vacías a sus dos cuencas renegridas
por la Nada que las habitaba.
Edipo Tirano, dijo (más bien pronunció
Ay, lamentable | *Oidípous Tyrannos*)
yo lo escuchaba de su boca fétida a ponto entre
el cavernoso lamento del *Blues in Green*:
¿Recuerdas cuándo me preguntaste
si tus padres eran tus padres?
Yo te dije que asesinarías al viejo y que te follarías
| a la vieja,
y tú, iluso y orgulloso como poeta cachorro,
| lo tomaste
como tan bien suele decirse *a la lettre*:
bueno, chaval, dijo con voz de oleaje y noche 7 Mares,
por eso fuiste a Tebas, la anticiudad, la de marfil,
y ahora purgas este destierro en la blanca Colono.
Dicho esto, dicen mis hijas, que torció su boca
| en un rictus
desdentado y remeció su cuerpo marinerero
como en plena epilepsia. Pero yo no oí su risa,
a pesar de lo aguzado de mi eólico sentido:

sólo escuché el fragor de la tempestad que cubría
el triste y cavernoso lamento de la trompeta de Miles.

A la medianoche, en el Colono, bar de los desterrados.

Edipo, en la blanca Colono, medita sobre
algunos aspectos de la anticiudad

Alba como los crepúsculos de los cementerios al alba,
en esta ciudad nada refracta, porque los ojos pierden su
brújula en lo blanco: el Infierno. Los habitantes

| vagan como los
miembros de una expedición polar perdida,

| harapientos,
febriles, musitando letanías ininteligibles por los sordos
témpanos, bajo las estacas iridiscentes de los picachos,
y el sordo traqueteo del agua bajo los hielos.

| El toro blanco
que desató tantos designios como un cornudo fractal,
deja sus mugidos entre las abras transparentes que

| repiten
su eco, eco que transmite como plaga todos los castigos
y sobre todo el mío, para recordarme que un rey
caído en desgracia, por su anterior ceguera a los
oráculos, sólo puede acumular más desgracia al descifrar
enigmas, al insistir en la hermenéutica compulsivamente,
como si en los pastos congelados apareciera el mismo
blanco toro, innúmero, fornicando con la Reina
de Minos en una playa ausente en sus mareas de la
tragedia que comenzaba a forjarse en los días,
en los días sin cuenta que paso deambulando, tratando

de situar una frontera, allí donde nada es frontera
porque el blanco se multiplica a hechura del
Infierno que huela y cala y empala cada húmero.
Así como Odiseo después de nombrar cada uno
de los árboles de su huerto a su padre anciano para
que lo reconociera en su inescrutable senilidad,
continuó el viaje hasta las Columnas de Hércules,
igual, en un mito aún más remoto, sin sueños
culposos, yo habría reinado Tebas, con brazo fuerte,
pero justo, aboliendo las máculas del parentesco,
las estructuras elementales que inhiben la sangre,
a la siniestra de mi madre, si a un poeta obseso
con el intercambio de poderes entre los dioses
| y los hombres,
no le hubiese venido de mala Musa inventar
| la Tragedia.

Edipo medita sobre algunos aspectos
onomásticos de Colono, la ciudad blanca

En Colono, todos los sitios llevan el nombre
| de la ciudad.

La taberna donde recalán los desterrados, se
| llama Bar Colono.

Los galpones donde se cobijan los excluidos,
| Posada Colono.

Las encrucijadas fatales, Cruce Colono.

Los arrecifes, sirenas del suicida, Fiordo Colono.

Las desamparadas chozas de farolas rojas,
| Burdel Colono.

La caverna postplatónica de sueños de marfil,
| Cine Colono.

El muro de los lamentos, Memorial Colono.

El vado donde anclan las negras cóncavas naves,
| Puerto Colono

La jaula para los rayados, Manicomio Colono.

Las grutas de Eolo, Colono Telephon Company.

También existen diseminados por la blanca ciudad,
un Bazar Colono, un Cibercafé Colono, un

| Laberinto Colono,
una Estación Colono, la ardiente Boite Colono,

y el perro vagabundo supurante y baboso,
al que todos los habitantes de la ciudad le dicen,

Colono, Colono, y cuando se acerca, algunos le patean
el hocico y otros le tiran hogazas de pan duro;
y el Circo Colono, con sus tragafuegos asirios
y écuyers esclavas de Asia Menor
y para que todos recordemos
que aunque creamos ser sólo caminantes en Colono,
pasajeros de una temporada imprecisa y fugaz,
viajeros de una noche de verano y cigarras,
desterrados que después de 7 lunas y 7 soles pardos,
atravesaremos, como si no hubiesen alambradas
y focos potentísimos, sus fronteras,
más blanco que toda la ciudad, el Cementerio

| General de Colono.

Carta de Edipo a Aurelia, escrita al
inicio de la temporada de caza en Colono,
esquivando la roja luna
y los jadeantes perros

Aurelia, Viudo, Inconsolable, Príncipe de Aquitania,
(No sé de dónde me vienen esos espejos negros
| y fulgurantes)
aquí me tienes, vetusto y jubilado anarquista de la tribu,
en estos bares espesos, en estos cibercafés de
| infranqueables pantallas
que introducen por mis cuencas ráfagas de energía
de todo el deseo abolido de una ciudad menguante,
como una luna doble que enajenó este crepúsculo,
| roja,
como Supernova, aguijándome los ijares de
| deseos subliminales
que ya hace muchas carreteras había dejado
| de sentir, odiar,
arder; lleven, pues, estos nódulos de energía,
mis ganas a ti consagradas en los pabellones de los
dioses crepusculares que aquí reinan,
que trepanan por tu vientre de virgen abscóndita,
en los hospicios que te demandan, y engendren el odio
necesario, la violencia imperecedera que me pides,
para expulsar de nuestros reductos consagrados

la mácula a los Consorcios de la Transparencia,
a esos peces refractantes que proliferan por los muros,
mudos, amenazantes, coleteando en silencio,
entre perlas, esporas, hipocampos y corales
transexuales, dando coletazos a tu útero andrógino;
pero no se puede, así, a la distancia, como personajes
de una sangrienta novela victoriana asiduos a los
tormentos que les impone su *Deux ex machina*:
para gozar, Aurelia, hay que hozar en los cuerpos
| fangosos
con nuestros hocicos de cerdos supremos,
extraer de tus ánforas rozagantes toda la cordura
| que te queda,
que te inocularon los maníacos peces del Monje
en tu corazón enamorado de la Nada.
Pero ahora debo escabullirme por el sotobosque,
porque siento que aúllan los murciélagos, trinan
| las cornejas,
y ya pregonan la temporada de cacería,
y yo, viejo, vaciado de las cuencas y sin augurios,
soy el más inconsolable, la presa herida, el ciervo,
la pantera que va dejando sus migas sanguinolentas
por los cotos, debo arribarme a los peldaños del
| templo abandonado,
escabullir tanta tea, los cornos que me hieren
| los tímpanos,
carne y bronce se aúnan en esta temporada cruel,
y regresan los lebreles de vergas rojas, injertos
| de los cadáveres

de sus perras madres, con las que sueñan
sus sueños animales, sus tembladeras de
| canes alcohólicos

sin Dios, en la fantasmática alegoría de un
zoológico atormentado por la luna menstrual.

Edipo, el de la Torre Abolida, Colono, y los perros...

Carta inconclusa de Edipo a Aurelia,
ausencia de cuerpo, desde
la palidez de Colono

Aurelia, bella muerta, espero que hayas muerto
de *petit morte*, porque estás muerta, ¿no?, si no por qué
tu silencio, inmemorial ausencia, suave él como el recuerdo
de tus lirios, tus piernas deslizándose entre nuestras
sábanas de raso beige, ya no en Tebas, sino en el
lugar que consagramos como nuestro paraíso,
cuando yo huía de los estragos que causa el poder,
esa responsabilidad pornográfica, y mi madre,
la buscona, la puta tebana, y los corros de infames
mendigos que cantaban augurios junto al río
iluminado con sus teas, sus cariátides,

| sus albas capas del

Klan, enmascarados de herrumbre y náuseas y yo
y tú, Aurelia, bella muerta, en nuestras respectivas
petits morts, aullando como lobos bajo el agua,
silentes pero rabiosos, echando espuma por los
hocicos, nuestros bellos hocicos lengüeteándose
en el *amour fou*, todo eso Aurelia, bellamuerta,
porque estas muerta, ¿no?, por tu silencio, por la
ausencia de los sobres amarillos, de las esquelas
tan obvias de lúgubres hoteles sin nombre, ¿acabará?
Aurelia bellamuerta, me dejas con mi torre

abolida, con mis cuencas vaciadas y ya reseca,
unas legañas como cortinas rasgadas de un cine mustio,
acá, en Colono, la blanca, la alba, la pálida,
Ciudad de Interzonas, una interfaz entre
nuestras distancias jamás abolidas, tan lejos,
tan cerca, en la lóbrega caverna neoplatónica
donde nuestras sombras copulan mendaces
burlándose de la ausencia de nuestros cuerpos.
Pero sólo bastaría una palabra tuya escrita con
tu sangre menstrual y su vaho de eternidad...

Edipo, en la Encrucijada de la Angustia, Colono, s/f.

Carta de Aurelia a Edipo,
donde rememora sus coitos
en los tiempos del amor y del can

¿Qué palabra mía, Edipo, hipócrita lector de mi cuerpo,
necesitas para sanar?: ¿pubis, muslos, lobezna?

¿Qué sortilegio podría sacarte de tu ceguera metafórica,
ya que la de tus cuencas vaciadas es totalmente

| irreversible?

Ahora, aunque no puedas verme porque nuestro
Destino es la distancia, nuestros deseos, los póstumos,
nuestro arraigo, el desarraigo, nuestros besos,
el frote de los labios con el vacío, introduzco la
pluma (perdona esta desviación arcaica) entre
mis piernas, para escribirte con mi sangre prohibida.

Me vigila el Ojo sin Párpado, el Ojo Pineal, el
Único Ojo, y han puesto más ojos aún que en
La Historia del Ojo, más engaños que en los
engaños del ojo, los sicarios de Creonte, saben
que me sueñas y saben que te sueño, incluso, Edipo,
mon chéri, han grabado nuestros sueños pretéritos
y me los envían, los peores, los más pornográficos,
en videos, día a día, a mi secreta dirección
postal, *Lost Hayway 666*, y han dibujado las secuencias
| en los muros
de la ciudad, los han distribuido por la Red,

incluso los venden en los tugurios de videos XXX, no hay tebano que ignore cada cochina postura que creamos con tanto cuidado, tanto arte, no hay tebano ni tebana que no conozca mi culo, que no sepa los empujes de tu falo, ariete ciego, dando contra mis valvas saladas en la cama colgante de nuestros sueños, cuando los sueños aún eran privados y nos buscábamos en el deleite de la clandestinidad repitiendo el *password* del placer: “Ojos de perro azul”: como esa novelita rosa, ¿recuerdas?, del amor en los tiempos del Can. Y aunque los alguaciles de Creonte me husmean, Edipo, *mon frère*, daré con la palabra que requiere tu deseo a ver si te animas y te llevas por delante aunque sea a un par de los sicarios del pez, del monje, del Imperio Transparente.

Aurelia, bajo la luz mortecina del Ojo. Tebas, Ayer.

Última carta de Edipo tirano a Aurelia hallada en las riberas del Erídano, Oklahoma, Colono

Aurelia, única hija de mi falo mental:
este poema agoniza en mi ano que lo absorbe entero,
orquídea fúnebre y hermafrodita como el destino
que ya me alcanza y se vierte sobre mi alma
como una pegajosa pus o resina de olivo muerto:
rosa mía de urinario para beber mis lágrimas,
sólo puedo ofrecerte vejez y alcohol,
metáforas de la derrota de quien fui en otras
canciones ya escritas en pájaros sangrantes y en fuga;
Creonte raptó a mis hijas y el rescate es demasiado alto
para mis alforjas de desterrado y de ciego:
la soledad es una hija ausente y en manos del Tirano,
¿quién cantará para mí, ahora que me fueron arrebatadas
las frutas de mi falo crepuscular?

Aurelia, mi Fénix en silencio amordazado por las cenizas,
todo se ha perdido, sí, todo se ha perdido, mi cuerva:
las fronteras son arañas y lluvia intraspasables,
lejos reverbera la ciudad ansiada, Atenas, y el buen rey
vencedor del Minotauro de nuestras
pesadillas versificadas por las noches oscuras;
el narval abandonó el palacio de agua dulce y su cuerno
de marfil escapó por el bosque incendiado;

y el enemigo no se ve, porque está por todas partes,
transparente, amo y señor de sus Ingenios

| de la Obscenidad.

Esta es mi última carta de amor para ti, ya no sueño
y qué oscura es la sangre del narval,
qué oscura es la sangre del narval,
tan oscura la sangre del narval
y las moscas pegadas a su charco bebiendo
bajo la oscuridad aterradora de los dioses muertos.

Mecido por las aguas del Erídano, ajeno para

| siempre, Edipo Tirano.

Monólogo de Edipo en el infierno

Cuando desperté del sueño que soñaba el sueño,
y logré vislumbrar mi pinta
en la densa niebla de la vigilia entrecerrada,
supe que era el nuevo guía de las almas de los réprobos
recién llegadas a este lugar, la Antesala del Infierno;
tenía el aspecto de condenado a muerte
en su último minuto y un segundo
de vida, es decir una facha irrevocable
de empleado público a punto de jubilar
con la mitad del sueldo
una tarde de abril húmedo y oficinas cerradas por el óxido;
no es mucho decir, pero era cierto que tenía un empleo
después de mi muerte,
de mi asesinato alevoso o la pura consunción,
por un prolongado destierro, ya no recuerdo bien,
la memoria de lo vivido se va desvaneciendo
con la muerte;
así que me dediqué a recorrer estos pámpanos
atestados de carámbanos y lagartos,
pajarracos que defecaban pus y áureos equidnas
| sagrados;
esta planicie ambigua y vasta,
un tanto fangosa y desmesurada,
tanto en su extensión como en sus castigos;

demudaba al comienzo,
pero debo decir que distaban mucho de los ingenieros
que desarrollaron anteriormente
este arcano público y mal remunerado
—esto lo sabría pronto, después, siempre tarde—
el ambiguo y remilgado Dante Alighieri y
| San Jerónimo Bosch,
aunque debo reconocer que en los fangos supurantes
unos demonios de bajo rango
que comían una suerte de sushi
hecho de anfibios mutantes, como los de *ExiStenZ*,
no dejaban de inquietarme y resultaban decadentes
aún para la Antesala del Infierno;
también podría haber caído
en una suerte de juego virtual y Cronenberg era Dios,
perdón, el Demonio,
para hacer honor al lugar en que me hallo,
y estos son sus parajes indiscutidos, oh, my Lord:
pero continuemos con nuestra inspección:
entre el barro y los carámbanos,
había unas tenazas con cuero
curtido y unos rompe pechos de madres solteras,
aunque la sangre y la leche, mixturadas,
ya se habían coagulado en
sus pinchos herrumbrosos del siglo XVIII;
todos los demás castigos eran consignados
en una galería del Museo de lo Freak,
y, en las tardes,
—las tardes en la Antesala del Infierno son lisas,

grises, tenuemente cristalizadas— sin mucho que hacer,
me paseaba observando cuadros de mujeres crucificadas,
Cristas en posiciones libidinosas, lívidas,
con la leyenda EROS supliendo
al INRI canónico y consagrado por los iconos
| y las leyendas;
pero aquí, en la Antesala del Infierno no hay
| consagración,
la sangre que llega con los infames es mala,
Mauvais Sang, diría Rimbaud,
y como yo también de *tout mon fardeu est déposé*,
reconozco lo malo, negro y bilioso,
que desemboca acá; lo peor es que este trabajo de
| demonio estatal,
de diablo de segunda categoría
con este paletó gris y la ridícula corona de laurel
que rememora a mi predecesor,
y el tedio de tanto réprobo que aún
no logra su pase definitivo al infierno;
salvo uno que otro condenado célebre, Colón o De Sade,
que tendían a arrepentirse de pura espera,
los demás eran basura, poetas autoeditados,
falsarios y plagiadores, profanadores de cadáveres ilustres:
ningún buen gourmet como Calígula o Nietzsche
en sus últimos y arrebatados días probando
el gustito ese inconfundible de la mierda;
o Tántalo, aunque él era un semidiós y pertenece
| a otros ámbitos
de la Condena, más *exquisite*, más helénicos,

con sudor en lugar de lágrimas y amplio

| Mar Mediterráneo

en lugar de este odioso fango perenne;

como decía: ni Sacher-Masoch ni Restiff la Breton,

para hacer más placenteras,

a la sombra de una buena charla

a estos atardeceres de barro capcioso,

de salamandras chamuscadas y equidnas áureos,

y unos cuervos rayados que graznaban a la

| Luna que argentaba
la Antesala del Infierno:

iiiiJe suis le tenébreux, le Veuf Inconsolé,

Le Prince d' Aquitania á la Tour abolie...!!!!

Y yo en este tribal aburrimiento inferido por

| esos cuervos canoros,
les respondía desde el otro extremo

del Leteo bajo la misma

Luna de noche del Juicio Final:

iiiMa seule Étoile est morte, et mon luth constellé

Porte de Soleil noir de la Mélancolie...!!!!

No sé bien qué les hacía alucinar con *Las Quimeras*

| del viejo Nerval,
—que por más que trataba de ubicarlo en algún

| callejón nocturno,
imitación París

(que todo es imitación aquí, en la Antesala

| del Infierno);

hasta ahora no he podido encontrar

su amado cadáver bamboleante:

puede que el hombre no haya sido, finalmente,
| un réprobo,
un tanto rayado sí,
pero no sé por qué tendrían que irse los rayados
a la Antesala del Infierno;
puede ser que por las prefiguraciones de San
| Jerónimo Bosch,
aunque a este rayado sí suelo verlo, a veces, autografiar
reproducciones a grupitos de sus groupies y fans,
a las que firma postales con los espejos de sus visiones;
o por deformación profesional,
ya que en vida fui el antisiquiatra de la aldea de
| Comala de Chile,
la tierra de los muertos-vivos de Romero;
pero con los muertos vivos es más fácil,
Pentotal Sódico, Amparax, Rabotril
y un suave golpecito de corriente, que no se note eso sí:
su único trauma es el origen de la vida,
de la vida más allá de la muerte,
del origen de la vida en el centro mismo de la muerte:
en resumen, como en esa bella pintura
del viejo Gauguin, a quien tampoco he divisado
por estos mustios y aburridos parajes, sin la repuesta:
¿Quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos?...

2.

Balada del condenado de Oklahoma

*Crow realized God loved him—
Otherwise, he would have dropped dead.
So that was proved.
Crow, reclined, marvelling, on his heart-beat*

Ted Hughes, Crow

A Timothy McVeigh, I.M.

|
He seguido pacientemente el decurso
de las minuterías de la muerte,
siempre implacables, de izquierda a derecha,
como quién espera el Año Nuevo o la Pascua
| de Resurrección,
la hora nona fijada para el instante del ajusticiamiento
del veterano de la 1º Guerra del Golfo,
un muchacho de Tebas, USA,
de no más de 30 años,
condecorado
por su heroísmo tras la batalla binaria,
verde gris en la TV;
conmigo y en la misma espera
me han de acompañar los deudos de las víctimas
| de Oklahoma,
acongojados,
silenciosos,
destrozados en su furia,
castillos de arenas azotados por el otro simún,
atisbando, como yo, por la ventana al
| departamento vecino,
el circuito cerrado de pantallas que reproducirá
a escala miniaturizada
la hora de la muerte fijada por los minuterías

del gran reloj federal:
debo confesar que no he dormido,
como no dormí esperando ver al hombre dando
| saltitos tullidos
en la luna,
o las esperanzas deshechas sobre una cancha de tenis
en la que ahora ruedan sólo hojas otoñales,
marchitos deudos de la derrota deportiva;
el cuerpo de la muchacha del departamento vecino,
se distiende como una anémona borracha bajo el
| agua salada;
el cuerpo del condenado de la masacre de Oklahoma,
se distiende como una anémona impávida bajo
| la luz implacable
de un foco neutro;
yo no tengo circuito cerrado
para ver el ajusticiamiento
federal del héroe de la Operación Tormenta
| del Desierto,
aquel muchacho veterano de 30 años que desafió
a Bagdad, otrora gran imperio como los imperios
| del Can,
y después desafió, según él por amor a Dios,
al Gran Imperio del Norte, a su propio Imperio,
—SPQR—
pueblo, bandera y honor;
sólo puedo imaginar; pero,
¿qué vio, olió, sufrió,
que condenó al condenado entre la arena inexistente,

sobre la superficie vacua de la nada que rodeaba
| Bagdad?:
el infortunado traidor,
¿qué caminos de seda sangrienta dejaron sus codos,
| sus rodillas,
como si fuera una oruga,
una miserable oruga un poco más grande que un perro,
vista desde cierta distancia,
desde el cielo agujereado por los misiles,
reptando por los arenales sin arena?
Eso que vio, olió, pensó, murmuró, soñó
—¿tuvo un momento de sopor?—
tragó por cantidades bajo el simún,
todo eso
lo llevó a declarar culpable a su Patria, sin remisión,
el guerrero condecoró a su vez con 160 almas,
si almas tienen los hombres del Norte,
a una muerte sin piedad ni dolor;
300 heridos —mutilados, llagados, cercenados, tuertos,
vaciados de ojos y lenguas— y 160 deudos
| mutilados del espíritu,
de los sueños, de la compañía, del amor al prójimo
y del temor a Dios —dicen— han sido a su vez
| condenados y jueces,
negros pájaros en el desierto de una sala aséptica,
con el circuito cerrado,
rodeándolos de cámaras de azufrosas
pantallas de T.V.
Ahí, el guerrero —un muchacho rubio,

rapado, con gesto aún feroz,
como un condenado a muerte de Genet—,
sabe que lo miran,
pero piensa más si habrá acaso
un Ojo Mayor que vea más y mejor
Dios o el ojo solar del Culo;
mujeres —esposas, novias y madres—
y hombres —maridos, novios y padres—;
devotos esperan la hora nona en que se activará
el mecanismo de la aguja hipodérmica, letal;
un grumo de goma presionará un líquido espeso
| y ríspido
por sondas entreveradas hacia su destino,
su corazón o el ojo de la aguja
y el camello que rumia ahora en los arenales de Bagdad;
Oklahoma clama venganza —justicia—
y tendrá su aséptica
vendetta de la fórmula mágica de letales alcaloides
y enzimas lentas, pacificadoras:
en una camilla en forma de cruz,
acolchada, de cuero negro, en una sala sin
| sonidos
ni olores ni simún.
He esperado este acontecimiento como
quien espera un eclipse,
el paso de un cometa
o el nacimiento de un astro: una muerte por
| inyección letal:
¿cuál es la diferencia en el concierto del Cosmos?

Si Oklahoma clama venganza, Oklahoma venganza tendrá.
Si USA clama *vendetta*, SPQR, su *vendetta* tendrá.
Como por mi ventana sólo veo la ventana de
| la muchacha
a la que suelo atisbar en su semidesnudez,
a la hora nona,
noche a noche,
pasearse enfundada en un body blanco sobre
| su cuerpo rosa,
en esa redundante y erótica superposición,
imagino que el héroe de la Batalla del Desierto
cierra los ojos,
cierra los ojos para regresar
a los arenales y caminar por sobre las dunas,
| apaciguadas,
inmóviles, pardas en toda su conmisericordia,
para pensar que es al Otro,
al traidor,
al que le invade el líquido letal –el veneno–
por las ramificaciones entreveradas de sus venas:
en la aséptica sala del circuito cerrado de T.V.,
los vengadores mirarán el acontecimiento
en sacro,
profundo, silencio,
el silencio de la venganza
blanca y antiséptica;
¿no derramará ni una gota de sangre
el que derramó todos esos litros de plasma
| y glóbulos entre

los adoquines, el hierro retorcido y el humo negro?
Pero, ¿qué espectáculo es este que no se compadece
| de su proporción?
Sin duda el espectáculo del desierto de Bagdad,
que el guerrero anglosajón
está representando en su cerebro en el momento
en que el líquido letal entra por su torrente sanguíneo,
deletéreo, confuso vengador
de las huestes de viudas y huérfanos de Oklahoma,
superpuesto a su imagen en la camilla de morir,
sobre los monitores fluorescentes en la antiséptica
| cabina del
depurado espectáculo de su ajusticiamiento.

Dice Jean Baudrillard que la 1º Guerra del Golfo
| no ha tenido lugar.
Fue una farsa bien urdida por los estrategas del
| Pentágono,
guiados por el fantasma de Lincoln,
para el hombre nuevo,
para el sujeto telemático,
un Telémaco huérfano no del ausente Odiseo
sino de la difusa Realidad estagnada
en la virtualidad que corre como los ríos
de aguas pesadas que van a dar a la mar
que es la azufrosa pantalla que transmitió
| un diciembre de Bagdad,
de 1991,
una guerra hecha de perversiones binarias
y no de cuerpos trozados,
de sangre vampirizada por las imágenes y no por
| la arena del desierto:
ha cambiado todo el paradigma de la sensibilidad,
asegura Baudrillard,
el Mal es transparente,
es una tactilidad que no tiene el sentido orgánico
| del tacto,
es una simple contigüidad epidérmica del ojo y
| de la imagen:

infinitamente en la hoguera de la pantalla,
nuestros ojos se han diseminado en la imagen:
de Bagdad, de alfombras persas raídas, chamuscadas
cabrestando sobre la Operación Tormenta del Desierto,
para el tacto que ritualiza el Deseo o la mácula, Nada.
Pero, ¿cuál desierto?
El de la pantalla es un desierto infranqueable,
por la promiscuidad de las imágenes,
por la pornografía digital de las imágenes,
impotentes desde su distancia
para el cuerpo.
¿Y el condenado a la aguja letal, en Oklahoma?
¿Un holograma indiferenciado, metonímico y
| contiguo a la Nada?
¿Un puro oxímoron de carne chamuscada?
Y ¿acaso: “La guerra del Golfo no ha tenido lugar”,
no es también una frase bien urdida sólo
| sobre el No-Deseo?

Pero yo nací de vientre de mujer, Mucduff.
 Emergí de una gruta húmeda y sanguinolenta,
 | viva, latiente.
 Nací en los puertos de New York, USA.
 Soy anglosajón y de los del Klan.
 Creo en el Destino Manifiesto.
 Soy un veterano de guerra y acabo de cumplir
 | los 30 años.
 Pero también soy Bill Harrigan,
 y vengo desde las miasmas,
 las mismas miasmas de la peor ciudad para tus fábulas.
 A mí no me cuentas cuentos, Mucduff,
 viejo perro,
 los tiempos cambian,
 pero los veteranos de guerras remotas e innumerables,
 como yo, no.
 Tengo ya demasiadas muescas en mis colmillos.
 Tengo los ojos irritados por la arena ríspida,
 | arisca, torva;
 Bagdad no tiene nada de *Las mil y una noches*
 ni palacios pletóricos de oro, ni diamantes,
 ni putas danzas del vientre;
 sólo las lejanas llamas de los pozos de petróleo
 | como llagas en la sal

del desierto azulino y sin horizonte;
la sangre negra de la peste bubónica del Progreso
| y el simún;
nadie me va a convencer de que no estuve ahí,
que obré mal,
fuera de las Tablas de la Ley;
lo mismo habría sido en las costas de Cathay
o en los arrozales podridos de Camboya.
Una sola cosa es clara:
no se puede tener piedad con el enemigo.
Y el Demonio puede estar en el desierto o en los sublimes
rascacielos de tu condado.
Desde este momento sólo hablaré con Dios, Mucduff,
que Él te perdone.
Caíste en la trampa de los del Pentágono,
de los abolicionistas de Lincoln;
pero te lo juro,
aquí no hay bosque de Dunsaney, sólo ríspido desierto,
ese desierto no tenía ni comienzo ni fin
y ardía como el mismísimo Infierno;
ese desierto era el peor Infierno que pueden
| concebir tus sueños
de la pasión whitmanianos, otros fetos
| sanguinolentos de Manhattan:
porque esas tremendas y deslumbrantes auroras,
me habrían matado como a un perro,
si no hubiese llevado antes y siempre,
esta otra Aurora dentro de mí.

IV

*May I for my own self song's truth reckon,
Journey's jargon, how I in harsh days
Hardship endured oft.
Bitter breast-cares have I abided,
Know on my keel many a care's hold,
And dire sea-surge, and there I oft spent
Narrow nightwatch night eh ship's head
While she tossed close to cliffs. Coldy afflicted,
My feet were by frost benumbed.
Chill its chains are; chafing sighs
Hew my heart round and hunger begot
Mere -weary mood. Lest man know not...*

Ezra Pound, *The Seafarer*

Yo ahora sólo hablo con Dios
y Él ha de estimar la verdad de mi balada,
argot de un viaje al fin de la noche.
Cómo en ásperas jornadas soporté las duras travesías,
la furia del águila
que llevo tatuada en mi pecho,
junto a un demente Snoopy,
en los brillantes comandos computarizados
de mi tanque,
en el horrendo desierto embravecido,
enfilando el falo de hierro de mi cañón
a la vanguardia de la Operación Tormenta del Desierto,

sobre olas peores que las del piélago
que los aqueos soportaron en sus negras y
| combadas barcas.
Heladas a causa del frío,
como higos negros,
mis bolas estaban entumecidas por la escarcha
| de la noche
del desierto en Bagdad,
una puta extensión de Nada miserable.
Escalofríos y diarrea me producían los chirridos
| de las orugas
del tanque pisando minas de poca profundidad:
suspiros de impaciencia
desgarraban el águila tatuada en mi pecho y el hambre
me hacía alucinar donas y hamburguesas,
en un pleno orgasmo gástrico,
hot-dogs emergiendo holográficos entre la arenisca,
y chicas pin up de autocines derramando en mi
| boca sedienta
pop-corns sangrientos;
ningún hombre sabe,
Dios,
dar cuenta de cómo yo,
pobre hijo de puta,
asesino,
traidor a la Patria más grande de las patrias,
como me llaman ahora,
desdichado,
solo sobre el gélido desierto,

soporté el invierno y el Infierno,
desterrado e infeliz,
privado de mis familiares, de Whitman y mi Condado,
suspendido en una guerra inexistente,
en un desierto inexistente,
en un tanque inexistente,
rodeado de clamores inexistentes,
de heridos de ambos bandos inexistentes,
de inexistente arena,
de inexistentes misiles como auroras boreales virtuales,
de inexistente sangre,
de inexistente miedo,
de inexistente angustia,
de héroes inexistentes,
de inexistentes mil y una noches
por la que esta noche voy a morir.
Y lo peor, Dios, viejo cuervo,
no sé ya si yo mismo existo o no.

Lo único real será mi muerte, Dios, puto cuervo.
Y frente a eso el Universo es sólo irrelevancia.

Porque ahora que soy el Poeta de la Masacre,
¿ya te puedo tutear, no?

V

–¿Tenemos un lema? –preguntó Kevin.

–Los peces no pueden portar armas –le contesté.

–Brindemos por eso –dijo Kevin

Philip K. Dick, *Valis*

Los peces no pueden portar armas.

Es Nuestro lema. Porque

los peces son en sí mismos armas luminosas.

Los peces, sin branquias, aman la respiración, la vida.

Los peces, *ictus* en latín tardío, no desean, como

| el Buddha.

Los peces sólo quieren ir más allá de la redoma.

Los peces pertenecen al mar, silencioso, vasto.

Los peces que muerden la carnada son los sabios,

| los suicidas.

Los peces también se suicidan.

Aunque no copulan, los peces también temen morir.

Suele ser extraña la Creación.

Los peces son algo más que símbolos, son *en sí*

¿Qué son los peces?: no hay ciencia que lo deduzca.

Los peces tienen un sistema filosófico: se llama mar.

Los peces leen el horizonte; las mareas y las estrellas

| son libros.

Si hay escamas habrá frío; si hay agua no habrá armas.
El hombre añora al pez, por ser pez y el pez se
deben ser a imagen y semejanza | extiende, sin límites.
La sabiduría del pez no es para el hombre.
Los peces carecen de Dios y Ley, pero no portan armas.
Los peces están henchidos de obsesiones vitales.
Cuando un pez se enfrenta a su reflejo, desata
de la muchacha en brazos, aliento, sienta, ablanda mi la | el Destino.
Los peces enfrentan día y noche dos destinos: las
osmugne, entre, anguineo | rocas y la carnada.
La biofluorescencia de los peces no es ornamental,
obediencia por circuito cerrado, | es *pre-gestual*.
Como hay hombres invisibles para el hombre,
hay peces invisibles para el pez.
Son cosas que pienso porque mañana he de morir.

VI

El mecanismo de la muerte se ha activado
a esta hora encapuchada de la noche.
El joven veterano siente, ahora,
el líquido espeso de la Piedad
entrando por su torrente sanguíneo
entreverándose letal con el odio de los deudos,
que ven la ejecución por circuito cerrado,
ya no por TV abierta al Universo como en la
tormenta del Desierto.
Entonces, atisbo, como buen mirón de la muerte,
al departamento del frente y la muchacha
se ha quitado el body y deambula desnuda por su
habitación.
Dudo si existe.
Dudo si existe la desnudez perfecta,
sin mácula.
Dudo si existe esta especie de erección.
Dudo si existe esta noche estrellada,
lejos de Bagdad y USA.
Dudo si existe Santiago de Chile, Sudamérica,
este finis terrae desde donde profiero mi asco,
mi ascua.
Si tan sólo la muchacha mirara hacia mi departamento
dudoso y viera que me masturbo

mirando su cuerpo de cisne urbano,
y que mis espasmos y mi gestos
deben ser a imagen y semejanza
del héroe de la Operación Tormenta del Desierto,
que ahora ya ha muerto sin saber siquiera
si existió entre este mundo y el Otro.
Espejo de sus espejismos y mi espejo deseante
de la muchacha en body
espejo de los arenales sin edad y tu propio espejo
| de Creador:
la opacidad.

¿No es así, Dios, viejo cuervo?

agosto, 2001 – enero, 2003

Después de examinarlo en la cárcel de Terre Haute, en Indiana, el psiquiatra John Smith concluyó que el recluso 12076-064 era una persona decente que se llenó de rabia a tal punto que cometió este acto violento y terrible.

Según sus abogados, las últimas palabras de McVeigh antes de su ejecución incluyen unos versos de un poeta inglés del siglo XIX.

Se trata del poema “Invictus”, del escritor y crítico William Ernest Henley, que finaliza así:

*No importa cuán angosta sea la puerta
Ni cuán lleno de castigos esté el pergamino
Yo soy el dueño de mi destino:
Yo soy el capitán de mi alma.*

3. Las jornadas del sordo

*En la sombra de un hombre que camina hay más enigmas
que en todas las religiones del mundo.*

Vita Sackville-West

*¡Todo va a empezar de nuevo! ¡El aquelarre!
Oirás gritar desde arriba, de lejos,
de lugares sin nombre: palabras, órdenes...*

Louis Ferdinand Céline

*No importa cuán angustia sea la noche
Ni cuán lleno de castaño el árbol
Yo soy el dueño de mi destino
Yo soy el capitán de mi alma*

EN LA PARED BLANQUEADA CON CAL NOS
PUSIERON UN RECORTE DE LA HISTORIA DEL ARTE
UNA REPRODUCCIÓN RESQUEBRAJADA
DE LOS AQUELARRES DE GOYA
QUIZÁ COMO UNA MANERA
DE DESNUDAR NUESTRA RAZÓN
QUIZÁ COMO UNA MALA MANERA
DE TROZARNOS LOS CORAZONES

La ciudad de oro

Yo y mis sombras vivimos en los comics de Goya,
En el silencio de sus cuentos de brujas.
En sus Sagas de la Derrota.
Yo y mis sombras, somos sombras, mas sombras
Enamoradas, sombras enamoradas, pero de amores
| engañosos,
Caprichos, horrores de la guerra y
tapices sangrantes de tauromaquia.
Yo y mis sombras vivimos en los entreactos y las
| fisuras de la tela,
A horcajadas en los áureos alcantarillados,
Sombras en la sombra de lo oculto.
Yo y mis sombras.
Como si nada pareciera alterar nuestros
Incorruptibles cuerpos en nuestra Ciudad de Oro.
Porque nuestra ciudad era de oro.
Y nuestro tiempo, la Edad de Oro.
Pero los cuerpos pueden mutar en sombras.
Pero las sombras pueden corromperse en cuerpos.
A las sombras las perfora la ventana
y los reflejos del día sobre el espejo.
A las sombras se les suman los días
El tiempo, la costumbre de tirar.
Un letrero rojo clavado en un vértice del escenario

Nos advierte del peligro.
Pero lo ocultan las luces,
El Khan,
El Klan,
La lluvia.

Nuestras propias sombras desplazándose balinesas
Sobre los muros.

Yo entonces recordé a mis sombras
Que Goya pinta de los hombres puros trazos.
Que Goya pinta de las
Sombras puras manchas.

No somos más que trazos y manchas, le dije a
| mis sombras,

Porque Goya es uno de los Dioses mayores
De nuestra nueva mitología,
De nuestros nuevos ritos.

Yo le recordé a mis sombras que Goya es un Dios
Sordo que pinta de los hombres los puros trazos,
De las sombras los puros retorcimientos,
Quemados negros lastrados,
Como si un cuerpo hecho a trazos
Fuera la única forma para el ojo.

La quinta del dios sordo

Goya es un Dios sordo
Que vive en una estancia de paredes desnudas,
Blanqueadas con cal,
En las que cuelga un museo de enfermedad y óleo.
Le dije a mis sombras:
Goya es un Dios que no escucha,
Por un mal congénito
Adquirido en la infancia, le repetí a mis sombras,
Por favor lean los letreros rojos
Que cuelgan en los vértices del escenario.
Pero mis sombras sólo se desplazan
Balinesas por los sótanos, los anaqueles de los libros,
La fronda de los parques.
Goya crea la enfermedad bajo el signo de Saturno,
Le dije a mis sombras, no olviden que son mis súbditas,
Que aunque cojo, manco y tuerto sigo siendo el Rey.
Pero mis sombras no padecen mis males,
Tienen sus extremidades inmunes,
Son completas, negras, sigilosas,
Mis sombras son panteras,
Corazones enamorados, mis sombras,
Y desoyen mi clamor,
Mis advertencias cuando llueve y regresa el Agon
A mi alma,

Y el agua rebasa los límites del casco,
De los ojos de buey de la Ciudad de Oro,
De los ojos que brillan en la noche,
En la fronda, que quedaron ahí
Brillando por la costumbre de brillar,
Ocultos, aunque ya no saben para qué
Ni para quién.

El demiurgo

Goya comenzó haciendo tapices y terminó mofándose
de la corte.
Goya continuó pintando aquelarres y autos de fe
y terminó
Bailando en ellos y condenado en sus grumos.
Todo lo que nos ha hecho es producto de la sordera.
Todo lo que ha urdido es producto de la apasionada
imaginación.
No es que los Dioses sean crueles,
Su perversión es producto de la sordera.
Su metástasis es producto de lo blanco de su quinta.
Porque Goya vive en una quinta
Con los muros pintados de blanco.
Pintó los muros de blanco
Porque quería que resplandecieran en ellos sus cuadros.
Sus aquelarres y sus Autos de Fe.
Y por la sordera y la blancura enloqueció.
También por la vejez.
Y por la visita que una noche le hizo Saturno.
Saturno es otro Dios de nuestra ciudad.
Aunque es un dios menor
Como todo dios tiene su fortaleza y su poder
predestinado.
Goya enloqueció por la sordera,

Por los muros blancos de su quinta
Porque una noche lo visitó Saturno, su Dios rival,
Y por tanta muerte en España.
Sobre todo por tanta muerte en el Mundo.

La visita de Saturno

Una noche narré a mis sombras reunidas
La visita de Saturno
A Goya, nuestro Demiurgo.
Debía narrar esa noche a mis sombras
Reunidas; la visita de Saturno a Goya, nuestro Demiurgo,
Porque en todo relato hay ejemplo, hay saber subsumido.
Mis sombras reunidas junto al fuego
Y al neón daban sombras
Que multiplicaban las sombras en la fronda.
No hay que olvidar que todo demiurgo es un artista.
Tampoco hay que olvidar
Que Goya, nuestro Demiurgo,
más que Demiurgo es un artista.
Un artista viejo y sordo
Que sufre fuerte dolores de oído que lo acercan
Paso a paso a locura.
Goya estaba en su quinta,
En su quinta que el mismo
Hace llamar la Quinta del Sordo,
Rodeado de sus paredes blancas
Y sus coágulos de Óleo colgando de las blancas paredes,
Unos coágulos
Sumados a la realidad

De las blancas paredes que Él hacía llamar
| Pinturas Negras.

Aquelarres, luchas cuerpo a cuerpo en la soledad
De los pámpanos y el barro, fusilados
Tinieblas, tauromaquia, carnicerías, caprichos
Y autos de fe.

Todavía el lugar que ahora ocupa el «Saturno
Devorando a sus hijos» era albo como un témpano
| rugoso de cal.

Goya preparaba sus pinceles
En ese silencio absoluto de los lavaderos chinos,
En ese silencio absoluto del aislamiento por agua
| en sus oídos.

Tenía frente a sí el caballete
Y la tela en blanco, como los muros,
Cuando vio una sombra pequeña deambular
| la blancura.

Goya pensó que era una de las sombras
De la ciudad que se había
Inmiscuido en su bunker, la llamada Quinta del Sordo.
Pero no tardó en darse cuenta
Que había tras la sombra un cuerpo,
Un cuerpo esmirriado y enjuto,
Envuelto en un chambergo gris.
Entonces Goya supo que era un Dios,
Porque ya los hombres habían
Desaparecido de la ciudad
Y sólo quedaban las sombras deambulando
Por los intersticios de las callejuelas.

Goya comía un muslo de faisán
Mientras esperaba a las imágenes que poblarían esa,
Su última Pintura Negra.
Quiero que me hagas un retrato, dijo entonces
Saturno, a Goya, nuestro Demiurgo,
Que no lo oyó, porque nuestro
Demiurgo es sordo, como todos ustedes bien lo saben.
Goya ignoró a Saturno,
Porque tenía una idea fija ya formada
En su enferma imaginación,
Y le pasó el muslo de faisán que le molestaba en su arte
Y se puso a pintar.
Saturno se ubicó tras el lienzo,
Como hacen todos los modelos
E improvisó un rictus feroz.
Todo Dios debe parecer feroz.
Goya miró al enano comiendo un muslo de faisán.
Pero nuestro Demiurgo
No veía ya a un enano comiendo un muslo de faisán,
Sino a un gigante despiadado devorando a un niño.
Y no pintó la realidad –un enano comiendo un muslo
| de faisán–
Sino su mente: un Dios cruel e insaciable devorando
| a su hijo.

Animula, vagula, blandula

Esta ciudad era como todas las ciudades.
Construida con el material preciso, precioso: el oro.
Esta ciudad estaba emplazada desde la plaza que
| era su eje
En torno al cual rotaban sus calles, aljibes, edificios,
| parques,
Bares, carruseles, estaciones, despedidas, abrazos,
Babas, sangre, pasión y olvido.
Y nuestra ciudad era de oro.
Hasta el día inexplicable
En que una sombra perdió su hombre.
Como era mediodía y la multitud arreciaba
Bajo los aguaceros de abril,
Nadie pudo ver que una sombra
Había perdido su hombre.
Pero una sombra había perdido su hombre
Y vagó desconcertada entre
Las otras sombras que repetían los gestos rituales
De sus cuerpos siameses.
Al comienzo la sombra estaba desconcertada,
Pues no sabía
Cómo articular movimientos coherentes,
Cómo concebir movimientos
Con destino, como desasirse de la lógica del cuerpo

Y abandonarse al Azar de ser sombra sin cuerpo
Que alimente su mecánica de sombra.
Toda sombra tiene su mecánica, pero ignora los
| rituales.

Pero como el azar es independiente,
La sombra abandonada se dejó llevar por el Azar
Y sus flujos y sus reflujos
Y descubrió que el Azar es una forma de la Pasión.
Liberada de la mecánica y abrazada al Azar,
La sombra saltó y bailó y corrió
Y formó rondas imaginarias
Con las otras sombras atadas a la mecánica
Y se hizo sombra arlequín,
Sombra polichinela,
Sombra mimo,
Sombra china,
Sombra balinesa,
Sombra de Nadie,
Sólo de la vasta musiquilla del azar.
Nunca nuestra sombra fue más sombra.
Nunca nuestra sombra había sabido el goce de
| lo sombrío.

Nunca había pasado una tarde así,
Hasta el crepúsculo,
Haciendo piruetas dislocadas,
Sin cuerpo, sin mente, sin lastre,
Animula, vagula, blandula.

Las metamorfosis del azar

Pero como las metamorfosis del azar
Son incomprensibles para una sombra sin lastre,
Como la musiquilla del azar tiene arpeggios
| insospechados
Para los oídos sin tímpanos
De una sombra sin cartílagos,
Sin corazón ni sangre que lo irrigue,
La sombra desasida divagó hasta el exceso con el Azar
Hasta dar de bruces con la encrucijada mortal
| del Destino:
El bufón o el bautista de la ciudad,
No se sabe ya bien quién fue,
Descubrió a la sombra bailando el son del azar
Entre los bulevares y las plazas,
Enrollándose entre los
Muslos rosas de las colegialas,
Pantera incorpórea enamorada de la piel.
Y vino, como viento de invierno inclemente el soplo,
El soplo glacial de lo indebido,
El soplo polar de la delación.
El torbellino que amaina lo prohibido.
Y se hicieron los Autos de Fe:
Goya, nuestro Demiurgo comenzó
En su quinta, recluso del alma,

A pintar como un poseso Autos de Fe y aquelarres
Y como los Autos de Fe y los aquelarres
Son caras de la misma luna tenebrosa,
Aparecieron los conos blancos,
Las capuchas inmisericordes,
La plebe selecta azuzada por el bufón y el bautista,
Por el almacenero y el sacristán,
Por el Khan,
Por el Saxofonista de Hamelin y el Bardo soberbio,
El que confunde poesía con poder,
Y se encendieron las teas
Y en el horizonte apareció un terrible toro
Un pequeño toro, pero terrible,
Sentado en la línea del horizonte,
Con sus cuernos diabólicos y su aspecto pletórico
| de maldad.

La sombra, conmovedora y desesperada,
Huyó,
Huyó hacia los márgenes de la ciudad;
Pero nadie escapa al Klan:
Ataron los miembros del Klan a la sombra irredenta
Al poste más antiguo del alumbrado eléctrico,
Tendido en la Ciudad de Oro
Le echaron la brea consabida,
Las míseras plumas de pato salvaje y las llamas
Consumieron ese rescoldo deletéreo.
Y como de estas cosas poco se sabe,
Todos ignoraron la intensidad de algo
Como analogía del dolor

Emanando de su silbo de oscura serpiente crótalo
Hacia el tinte del cielo sin estrellas
Que Goya pintaba apacible sobre torreones
l incendiados

Allá en su Bunker del Sordo, viejo y enfermo,
Imaginando un desgarró fatal
Donde la sangre fluyera con profusión.

Desapariciones

Fue cuando se declaró el Estado de Sitio
Que precede,
Como el olor a rata en celo la tormenta,
La guerra.
Goya, nuestro Demiurgo, solitario en su Quinta
I del Sordo,
Deambulando entre las blancas paredes
Escupidas de sangre y barro
Por su pincel cargado de rojo ardiente,
Descubrió que los cuerpos eran materia moldeable,
A su regalada imaginación.
Se podían ennegrecer,
Como quién los traza con carbón piedra.
Se los podía palidecer,
Como devolviéndolos a los suburbios prenatales.
Ennegrecidos,
Empalidecidos,
Se les podía ver en esta orilla del Pacífico
En sus Zonas de Mala Muerte.
Los torniquetes,
Las picanas,
Los potros,
Los garrones,

Fueron instrumentos sonámbulos en nuestras
calles vacías.
Nuestros cuerpos y sus sombras se perdían,
Tras las sirenas y la distancia,
Amando tanto la noche por sus colores y sus formas:
Y no nos volvían a encontrar.
No los volvían a encontrar.
Nunca los volvieron a encontrar.

Nadie nos ha visto

Nadie nos ha visto,

Decían, mientras hacían lo que les pintaba al Óleo

La ferviente imaginación de Goya,

El Demiurgo, en su Quinta del Silencio:

Nadie nos ha visto, decía el bufón.

Nadie nos ha visto, decía el bautista.

Nadie nos ha visto, decía el bardo cruel.

Nadie nos ha visto, decía el usurpador de cadáveres.

Nadie nos ha visto, decía el Klan.

Nadie nos ha visto, decía el Saxofonista de Hamelin.

Nadie nos ha visto, decía el Usurero,

Nadie nos ha visto, decía la mujer de la esquina.

Nadie nos ha visto, decían,

Mientras brindaban, a trazos,

Oscuros, ocultos en las alcantarillas

Como ratas desmesuradas:

Nadie nos ha visto,

Nadie nos ha visto,

Nadie nos ha visto;

Pero no se fijaban cómo sus sombras

Se acrecentaban sobre los muros circulares,

Cómo sus sombras comenzaban a fulgurar

Como jamás una sombra

Pudiese fulgurar más que un cuerpo,

Como si las mismas sombras
Corearan a sus cuerpos enardecidos:
Nadie nos ha visto
Nadie nos ha visto
Nadie.

El coloso entre las nubes

Se había desatado la guerra
En la mente resquebrajada de Goya,
Nuestro Demiurgo sordo
Como una tapia, sordo como los blancos muros
| de su quinta,
Y el pánico hizo de la luna un rictus rojo en el cielo,
Y el pánico creció
Como un Coloso inmisericorde y barbado,
Sobre los Pirineos o los Andes,
Como si las maravillosas nubes
Dejaran de ser las maravillosas nubes
Tornándose en las tremendas nubes.
Y las nubes dejaron de ser nubes
Y fueron el Coloso desnudo inclinado sobre nuestra
Ciudad de Oro, un Dios, otro más,
Creado por la imaginación de Goya,
Nuestro Demiurgo sordo, viejo, enfermo
Y agobiado por el Tiempo,
Por el tiempo de los aquelarres,
Por el tiempo de los Autos de Fe,
Por el tiempo de los fusilamientos de la Moncloa,
Decretados por el Khan,
El peor barrio de nuestra Ciudad de Oro:
En la Moncloa estaban las casas de putas,

En la Moncloa estaban las prisiones secretas,
En la Moncloa estaba la guarida del gusano blanco,
En la Moncloa se vaciaban los ductos del petróleo
De la desolación de las sombras,
Que eran desgarros como algodones negros,
Que eran pesadillas fétidas a humus áureo,
Que eran el negro del firmamento sin estrellas,
La ausencia de Dios,
La ausencia de Demonio;
Sólo el Khan, y sus secuaces del Klan
Con sus perros corsos,
Sus mastines azuzados tras noches
De sangre gimiendo sus halalíes a lo lejos,
Con sus perros de Pavlov, sus putos perros estalinistas
Echando espumarajos de sangre humeante
Por sus belfos acorazados, dispuestos a la cacería,
Que todo más parecía una cacería ritual que una guerra,
Con monteros en lugar de soldados
Y cerdos, liebres y venados,
Más que enemigos feroces cruentos
Y dignos rivales de la sangre.

El coloso entre las nubes II

Lo que al comienzo parecían monstruosas
Configuraciones de las nubes
Antes de la tormenta,
Inmóvil sobre su eje imaginario,
Fue tomando la forma del Coloso,
Un Coloso que anunciaba
Todo el agobio del presagio para los hombres,
(Todo transcurría en la imaginación de Goya)
Un gigante abrupto
Que era del mismo material
De las nubes y la tormenta,
(Todo transcurría en la imaginación de nuestro
| Demiurgo
viejo y sordo)
Un gigante abandonado de Dios y del Diablo,
(Todo transcurría en los repliegues
De la imaginación de nuestro
Demiurgo artista enfebrecido,
Recluido en su quinta de muros albos)
Un gigante abstruso que no era más que la muerte
| de Dios,
Que no era otra cosa que la agonía del Diablo,
El gigante del Agon,
El nuevo Dios que se empinaba sobre nuestras testas

Coronadas de muérdago y espinos
Entre las casas de putas de la Moncloa,
Obligados a aferrarnos a los aquelarres,
Ya que los aquelarres eran el único rito posible,
La única forma de resistencia nocturna y tribal,
A los inmisericordes autos de fe
Auspiciados por el Gran Guardaciudades, el Khan,
Y sus cacerías y perros de Pavlov
Babeando sangre por todos los intersticios de nuestra
Ciudad de Oro.

Con sus perros corsos,
Sus mastines y boxers,
De saque y de rapiña,
Con sus perros de Pavlov,
Echando espumarajos
Por sus bellos acorazados,
Que todo era
Cogidos en lugar de
Y cerdos, liebres y venados,
Más que
Y dignos rivales de la

De la imaginación de nuestro
Deminguo artista colchificado,

luchando en su quinta de muros albos)

Un gigante abstracto que no era más que la muerte
I de Dios,

Que no era otra cosa que la agonía del Diablo,

El gigante del Agon,

El nuevo Dios que se empurra sobre

Fenomenología del mal

Como siempre cuando amanece el Mal,
 El mundo se había hecho intersticial:
 Nada fulguraba en las superficies,
 Las superficies no eran más que metáforas geométricas,
 Mesetas inacabables
 Donde la apariencia se nutría del desierto,
 Donde la fronda estaba pintada al óleo
 Sobre los muros de los edificios,
 Donde los edificios transitaban del oro fragante
 a la piedra trágica,
 Donde husmeaban los perros sangrientos de Pavlov
 Buscando nuestros condicionados reflejos
 Urdidos por la necesidad y el miedo,
 Donde campeaban los monteros del Klan,
 Puteando, maldiciendo,
 Con sus Whoopers grasientos en una garra
 Y los Winchester humeantes metálicos fálicos
 En la otra;
 La muerte de Dios era una tragedia para la
 imaginación
 La muerte del Diablo era una tragedia para la
 imaginación,
 Una negación de los puntos cardinales conocidos:
 El Bien y el Mal,

La Lógica y la Estética,
En nuestra Ciudad de Oro que comenzaba a mutar,
A recogerse a sí misma en sus intersticios
Como si sus intersticios fuesen las fisuras tectónicas
Que comunican sin mediación sin aviso de tránsito
A los lupanares del Infierno,
A los lupanares de la mente de Goya, nuestro Demiurgo,
Que jamás pintó el oro,
Enamorado a muerte de la tauromaquia y la guerra,
De los caprichos y los autos de fe,
Lejano, entre sus extensos muros albicantes
Dando siempre la misma hora sorda.

La guerra mental

Con el tiempo de la guerra mental de Goya,
Nuestro Demiurgo pintor,
Se les fue ennegreciendo la carne a nuestras mujeres,
Piltrafeándoseles el cuerpo
Con el trabajo enajenado y el comercio carnal:
Habían llegado califas,
Dictadores, zombies, emperadores,
Vampiros y miserables freaks de toda laya
Con sus falos relucientes
De esmeraldas como cornucopias electrónicas
| y fluorescentes
A tirárselas
Por un doblón del Che, por un billete de Martí,
Con sus Master Cards Doradas
Del Banco Internacional del Placer sin Objeto:
Con el tiempo de tirar así, derrumbándoseles el cuerpo,
Pasando de niñas a brujas
Sin mediación del viejo Demonio,
De abrir a dólar de Cipango
Las piernas Moncloa muros adentro sin orgasmo;
Pero el Khan dijo que nuestra Ciudad de Oro
Era palúdica, que por eso.
Que nos devorábamos con la mirada,
De reojo, pero nos devorábamos con la mirada,

Que por eso.

Pero era Saturno, nuestro viejo padre,

El único que devoraba aquí,

En la Ciudad de Oro,

Circunvalaciones perdidas

En los hemisferios blancos de la quinta sorda

De la mente salpicada de pintura sangrienta

De la imaginación perturbada

De Goya, nuestro triste Demiurgo.

Y así, a nuestras mujeres,

Se les fue haciendo sal, brea, liquen el cuero;

Pero el Khan decía que nuestra Ciudad de Oro

| era ahora palúdica,

En pie de guerra, insurrecta, que por eso.

Que Éramos incestuosos,

Que tirábamos con nuestras sombras

Eyaculando en lo incorpóreo, que por eso,

Que nos devorábamos con la mirada, de reojo,

Pero nos devorábamos con la mirada, que por eso.

Que nuestros cuerpos estaban apenas

Hechos a trazos, a trazas,

Que Éramos notas al margen,

Aforismos de un demente,

Apostillas lunáticas,

Una escritura inacabada, incongruente, que por eso

Que estábamos hechos

A manchones de pintura

Que era como sangre y como barro,

Que por eso.

Que nos devorábamos con la mirada, de reojo,
l que por eso.

Pero en nuestra Ciudad de Oro
Sólo podía mirarse de reojo,
Sólo de reojo,
Qué duda cabe.

Se escuchaba a la Billie Holiday,
Otra sombra entre las sombras,
Cantando hora a hora,
Minuto a minuto,

Hilachas

Que duda cabe que seamos costurones,
Apostillas,
Trazas deshilachadas de pensamiento
Y manchones sobre un lienzo que evidencia
Y así, a nuestras mujeres, | el temblor del pincel,
Si nuestro Demiurgo está viejo y enfermo,
Encerrado en una quinta de muros blancos
Dando siempre la misma hora
En la sordera total.

Que Éramos incestuosos,
Que urábamos con nuestras sombras
Eyaculando en lo incorporeo, que por eso,
Que nos devorábamos con la mirada, de reojo,
Pero nos devorábamos con la mirada, que por eso,
Que nuestros cuerpos estaban apenas
Hechos a trazos, a trazas,
Que Éramos notas al margen,
Aforismos de un demente,
Apostillas lunáticas,
Una escritura inacabada, incongruente, que por eso,
Que estábamos hechos
A manchones de pintura
Que era como sangre y como barro,
Que por eso,

La rebelión de las sombras

Para escapar de tanto golpe dado a los cuerpos,
Las sombras decidieron rebelarse:
En memoria de la sombra linchada,
Todas las sombras de la Ciudad de Oro
Decidieron revelarse.
Entonces aparecieron las sombras,
Desligadas de los cuerpos
De los muertos que habían sido sus dueños,
Desaparecieron definitivamente de las vidas
De los que habían sido sus dueños,
Independizaron sus gestos de los gestos de
| sus dueños,
Instalaron una nueva casa de putas en la Moncloa,
Una casa de putas de luces estroboscópicas negras
Sólo iluminada por las luciérnagas
De la fronda del Khan,
Hades Boite, se llamaba este prostíbulo de las
| sombras,
Tomaban leche negra con aguardiente de murtillas
| negras,
Se escuchaba a la Billie Holliday,
Otra sombra entre las sombras,
Cantando hora a hora,
Minuto a minuto,

Segundo a segundo,

Strange Fruit

Y colgaron los frutos extraños de sus abandonados
| cuerpos,

Rojos sanguinolentos desollados

Como viejos trajes azumagados por el tedio del uso

En el bosque que rodeaba la casa de putas de las
| sombras,

El Hades Boite,

Y los clientes borrachos de leche negra

Con aguardiente de murtillas negras

Trataban de abrazarlas como Odiseo a su madre
| muerta,

Pero se les escapaban de los brazos

Como sombras inasibles que eran.

Strange Fruit

Una de esas noches de calma chicha
En el mar tortuoso de la guerra
Caminé entre las ruinas geométricas
De nuestra vieja Ciudad de Oro.
El panorama era trozo desgajado
De una tela de la mente
De Fernando de Goya y Lucientes,
Nuestro Demiurgo desamparado,
Como siempre a lo lejos de su quinta de silencio
| albicante,
Detenido en la misma hora.
Sobre las calles había cadáveres,
Muchos cadáveres amontonados como
Moscas en la miel de sus sangres,
Cadáveres enrevesados e inocentes,
Como todos los que ya han muerto;
Pero incongruentes sin sus sombras.
Solo como moscas en la miel de su sangre pero
| sin sombras,
Porque sus sombras deambulaban entre los
| muertos abandonados,
Oscureciendo el panorama ya agostado
Con sus figuras de Otro Mundo.
Junto a los muertos, entre sus manos y cuerpos,

Había violas y guitarras,
Las guitarras y las violas
Que los habían acompañado hasta sus muertes.
Nuestra Ciudad de Oro iba, lentamente,
Muy lentamente,
Perdiendo su natural fulgor,
El fulgor del oro,
El bruñido límpido del áureo
Metal de las descascaradas fachadas.
Era indudable que la Ciudad de Oro transitaba
De la Edad de Oro a la Edad de Hierro,
A la Edad de la Sombra,
En medio del paisaje desolado y en lo alto,
Entre las nubes donde había aparecido el gigante
| de la guerra,
El Coloso amenazante como tormenta de óleo
| enfierecido,
Había ahora un bajel,
Pero no era un bajel real,
Como todo lo que emergía
De la imaginación sorda de nuestro Demiurgo, Goya;
Parecía un sueño, una aparición, otra más, un deseo,
Su mascarón parecía una figura humana,
Podría ser el Khan,
O un atisbo de Dios o del Demonio,
Ya poco se notaba la diferencia
Entre la devastación de la Ciudad de Oro;
Caminaba así, medio borracho, alucinando,
Creyó que alucinaba cuando apareció

Entre los cuerpos de los fusilados
En la desolación del barrio la Moncloa
El Hades Boite, símbolo de la rebelión de las sombras;
Dentro todo era lo negro, lo abismal,
Sólo las luciérnagas de la fronda iluminaban tenue
| lo vago,
Lo informe, lo disfórico.
Bebí leche negra con aguardiente de murtillas negras
Hasta el delirium tremens:
Billie Holliday, la zombie, cantaba,
Minuto a minuto,
Segundo a segundo,
Strange Fruit,
Entre los cuerpos desollados que colgaban de las vigas,
Rojos, goteantes,
Como candelabros de carne
Destellando lúgubres en la Hades Boite.
La casa de la risa de las sombras.

Perro semihundido

Algo de oro viejo hay en la totalidad de la superficie
Como un pergamino de antiguas civilizaciones

Retomar sus conceptos de razón, de alegoría,

De disipar viejas formas de erotismo de sus cuerpos

Ya muy esmerilados por el fulgor de su lujo
o los andrajos de la miseria.

Esa miseria es la que relumbra

En la superficie de esta lámina de oro viejo,

Ese oro traído en los galeones cada abril,

(lo único que queda de la edad de oro, de nuestra

edad de oro)

Abril a abril, esa crueldad que nos recuerda el mes

Que agosta el cielo añil por el comienzo del otoño,

Aunque sea sólo en las alegorías o los sueños.

Esa miseria color oro viejo transportado

Por la superficie inmutable de los mares,

Lejanos del lujo de los barrios periféricos,

De nuestra Ciudad de Oro

O de las putas del centro, Hades Bar rojo y óleo,

Que nuestro Demiurgo no puso sobre esta tela,

Donde el trazo, en apariencia homogéneo,

Es un constante tránsito de materia en materia,

Del oro viejo de *los galeones de abril* a
Una superficie amorfa e indeterminada
Como los muros de las prisiones abandonadas
Al fin de la guerra,
Y el barro, lo que hay al final del rectángulo
Debe ser el barro primordial o el barro
Que ha traído un aguacero este otoño petrificado;
Pero ¿por qué la cabeza del perro,
Por qué la cabeza del perro mirando un punto
Donde no puede haber otra cosa
Que el embrión de una nueva forma de horror
O de vacío?
Qué otra cosa que el vacío más allá de la lámina
De viejo oro
Pueden ver esos ojos del perro semihundido,
Vean los ojos del perro,
Vean los ojos como pepitas de oro bruñado,
Vean las ojeras del perro,
Sus pupilas,
La expresión que no es miedo
Porque no podemos definir como miedo una expresión
Que sólo existe sobre una lámina de oro viejo,
Entre el oro y el barro,
Pero que no habita ninguna realidad.

El conjuro

Mirar hacia el conjuro
Es mirar infinitamente la impureza
Que descende desde las sombras amalgamadas
Donde todo Génesis es la oscuridad
Que se desfleca en búhos y una criatura
Que no puede ser ángel o demonio
Que no puede ser otra cosa fuera de ella misma
Que no puede ser nombrada sino como la cosa
Esa miseria es la que relumbra | que es
La cosa gestada en el útero de la mente de Goya,
Nuestro Demiurgo,
Y el espectral crepúsculo
No sabemos si del día o de la noche
Que abigarra los muros grises de la ciudad y un
Que agusta el cielo anilobramiento | tramo de río,
Están ahí, primero, por el estar ahí,
Y sólo, aparentemente, para que miremos, infinita,
La impureza,
Las cuatro desgracias de las sombras y sus sayales negros
Enmascaradas de monstruosidad,
Pero una monstruosidad que va sólo un poco más allá
de lo humano
Coronado por los búhos y el cesto de los fetos
Que pudieron ser los héroes redentores.

Los niños testamentarios arrojados al curso del
Sino la más terrible representación | río de ceniza,
Solo han sido rescatados por las sombras
| enmascaradas de carne
O cera, puro pincel de nuestro Demiurgo,
Que reafirma así la piedad que subyace al Conjuro
Como una vieja de sayal del mismo oro viejo
De los galeones de abril
Que se inclina con todo el peso de la piedad
Sobre el único gesto de vida de este panorama
| impuro:
La razón perdida que entrelaza sus dedos y los
| funde
Sobre el límite de la rodilla desnuda y el camisón
| blanco
De la genuflexión de la locura,
Que enferma al ojo para siempre
Bajo el rictus seminal de la medialuna.

Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío

Abrir los brazos en la señal de la cruz
No es un gesto simbólico ante la muerte
Sino la única manera de entrar en ella con los ojos
| abiertos
Mirando cara a cara al grumoso pelotón de fusileros
Abrir los brazos en la señal de la cruz,
Señal que ha borrado las tenues fronteras de una
| sola Fe
Para adentrarse en toda acción,
En la inmovilidad o a cien por hora,
Ya, no importa la velocidad o el gesto petrificado
| pero latiente,
Es la única manera de hacer que el pelotón grumoso
De la muerte
Baje la cabeza unificada por los uniformes andrajosos
Fétidos a desgracia,
Aunque la descarga sea inevitable,
Ya no se trata de evitar la descarga inevitable
En cualquier ciudad que fue construida de oro
Pero que fue derrumbándose hacia el hierro, la cal
| y el barro;
El otro gesto, el gesto de empuñar las manos
Y mirar en la fría noche la pintura roja que sabemos

Representa la sangre, aunque no sea sangre
Sino la más terrible representación de la sangre,
Muestra el límite de la razón donde no puede
| penetrar la muerte,
La apelación al gesto del loco,
Que amenaza objetos inanimados sin respuesta,
El gesto demente del púgil que lucha con su sombra,
De Kaspar Hauser aullando a la luna,
De imprecicar una sábana gris colgando en la azotea;
¿Cuál de los dos gestos es el más propicio
Para entra navegando bajo el agua a la muerte
Con los ojos abiertos,
Enrojecidos por la sal de ese océano insondable?
No es que desprecie los brazos abiertos en señal
| de la cruz,
Ni la camisa blanca eternamente brillando
En el lienzo del Demiurgo sombrío,
Pero el gesto del loco es la gesta
De una multitud de hombres y mujeres sin
| sus hombres,
En la soledad de las celdas de los baldíos,
La incompreensión del cielo en su oscura indiferencia
Pintada de negro, lo primero, el contraste,
La ablución de esas sombras que obstruyen el deseo,
El chancro al centro del capullo de la rosa,
Que, ahora, se ha desflecado sobre el barro como
| representación
De la sangre, de todas las sangres
Que debían estar dentro de los cuerpos ahora lívidos,

Y no ahí, en el barro sucio que la absorbe
| lentamente,
En un gesto yermo de un cuadrante del planeta,
Ya no volverá a ser rosa ese rojo,
Ni germinarán jardines, casas, chopos, puentes, tejados,
Sobre ese terreno condenado,
Ese tramo de tierra donde alguien ha muerto en suplicio;
Frente a todo este panorama,
¿A qué exigir que abras los ojos y mires de fijo a
| tus verdugos?
Yo estoy para siempre en el gesto abstruso a la
| mirada del loco,
Porque es incongruente, porque es absolutamente
| incongruente,
Y ejerce esa apariencia de desleírse de la razón
Y arrojarse a la región donde imprecicar a un
| pájaro a lo lejos,
Distante, ajeno, inventando en ese pájaro
Un vitral alado y multicolor rompiendo la
| perfección de la Nada,
La incongruencia frente a la incongruencia,
Aunque aparentemente monstruoso,
Es como un solo de saxo frente al mar,
Un solo de saxo del Saxofonista de Hamelin,
La respiración hecha música ante el incomprensible
| movimiento
Del oleaje.

Una angustiada cabeza de perro

Están borrachas con leche cocida

Con aguardiente de maritillas negras

Y se comen a los niños recién nacidos

Porque ahora los niños hacen sus sonidos

Volvamos al perro semihundido,

Yo había visto antes a ese perro,

Yo había acariciado su pelaje pardo

Cuando era un tigre, un leopardo, un león,

Y lo vi alejarse por los adoquines dorados de nuestra

| ciudad

Hecha de oro

Para deslumbrar al forastero con la riqueza,

Para seducir a las muchachas germinales.

Ese perro que intenta –lo sabemos previamente–

Asomar un instante más la cabeza del oro o barro

| que lo rodea

De aquí a la eternidad,

Antes de asfixiarse definitivamente

En las puertas mohosas de la aldea

El día del crepúsculo de sol

Que provoca ese relumbrar manso, agónico,

Esa refracción del Vacío,

Al que ahora el perro va, sin noción del Destino,

Sin noción de la Eternidad,

Sin noción, siquiera, del Espectáculo.

El entierro de la sardina

En un gesto yermo de un cuadrante del planeta,
Ya no volverá a ser rosa ese rojo,
Ni germinarán jardines, casas, chopos, puentes, risas
Las sombras entierran la sardina en el Hades Bar.
Dan risas las sombras enmascaradas,
Pero bajo cada máscara y su rictus se oculta
| un pecado.
El pecado de las sombras es haber abandonado
| sus cuerpos,
como un sastre el viejo traje mal cortado.
Pobres sombras.
Bailemos con ellas.
Lo exige nuestro pálido y viejo Demiurgo.
Cuidado.
Si no bailamos con las sombras
Nos echará a Saturno.
Y Saturno, tú sabes desde chico,
Se come a los niños.
Es como Freddy, Freddy Krueger, el Hombre del Saco,
| Michael Maier
o Bond, mi nombre es James Bond...
Se los come crudos.
Por eso las sombras usan máscaras de cera y bailan
| balinesas
Sobre los muros del cementerio.
Porque el Hades Boite no es más que la entrada
| a la huesera.

Y ahora las sombras están borrachas,
Están borrachas con leche cortada
Con aguardiente de murtillas negras.
Y se comen a los niños recién nacidos,
Porque ahora los niños nacen sin sombra.
Mutan y mutan sobre el oro viejo de las baldosas
Y nacen sin sombra. Por eso las sombras les
| beben la sangre,
Haciéndoles una incisión en sus tiernos cuellos
Con sus afiladas uñas negras.
Y les echan leche cortada con aguardiente de
| murtillas negras
En la herida para que les haga efecto. Para
| quitarse la Angustia.
Y siempre, la Billie Holiday balando *Strange Fruit*.
Esos niños son como extrañas frutas.
Como las frutas desolladas de la canción.
Así son las noches en el Hades Boite cuando
| entierran la sardina.
Cuando a la luna llena se le cae
Un poco de polvo de su calva de plata sobre la tierra.

El saxofonista de Hamelin conduce
a las sombras fuera de la Ciudad de Oro

Fue entonces cuando el Khan se puso a chillar
Como chillan los vampiros acorralados.
Se ponían los pelos de punta. Daba escalofrío.
La luna comenzó a chorrear aceite de plata.
Una vetuminosa alquimia producían
los chillidos del vampiro acorralado.
Fue cuando el Saxofonista de Hamelin.
El Saxofonista de Hamelin pidió treinta denarios de oro
para dar con las sombras.
El Saxofonista de Hamelin pidió treinta denarios de oro
para darles duro a las sombras.
Había miedo a que se derritieran las baldosas
| doradas de la ciudad.
Que siguieran mutando las guaguas
Y que nuestras mujeres terminaran pariendo
| sombras de carne.
Sombras con sistema sanguíneo y esqueleto,
Sombras con corazones y mentes apestosas.
Señor, Señor, qué podemos hacer, decían las madres,
Las futuras madres,
Tenemos sueños horribles,
soñamos que parimos sin dolor,

soñamos que parimos sombras de carne,
Que parimos perros llenos de magulladuras
Que cortan el cordón umbilical con sus propios dientes
Y después nos destrozan a dentelladas,
a nosotras, madres, úteros y perras.
Pero el Khan chillaba y chillaba
como un vampiro acorralado.
Entonces el Señor le pagó los treinta denarios de oro
Al dudoso Saxofonista de Hamelin,
Que partió esa madrugada blanca como leche cortada
Hacia la colina donde brillaba negro el Hades Boite
Y mezcló el aguardiente de murtillas negras con
| agua bendita
Y se sacó una cruz de abajo de la sotana.
Entonces las sombras dejaron de bailar,
Entonces la Billie Holliday dejó de balar
Y se convirtió en una oveja negra que comenzó
| a clonar
Puercos negros que se despeñaron por la colina
| del Hades Boite
Hacia el siempre proceloso Mar Muerto de
| Sudamérica.
Dolly, Dolly, gemían las sombras abandonadas de
| su Diosa Mayor.
Y el Saxofonista de Hamelin comenzó a tocar
| su mágico saxo,
Muy *free*, tocaba el Saxofonista de Hamelin,
Assension de John Coltrane,
soplaba desenfrenado el Saxofonista de Hamelin,

Y sacó el Saxofonista de Hamelin otro crucifijo
| de abajo de su sotana.
Y entonces las sombras comenzaron a girar sobre
| su eje
En una rotación del diablo,
Y las sombras comenzaron a dar sombras sobre
| los muros,
Y estas sombras producidas por las sombras,
daban otras sombras, otras sombras más sobre
| las sombras,
A su vez, y esto al ritmo del Saxofonista de Hamelin,
Y cuando sacó el tercer crucifijo de abajo de su sotana
Las sombras comenzaron a teñirse de colores,
Mientras doblaban unas campanas,
No sabemos bien desde dónde,
Pues los campanarios de nuestra Ciudad de Oro
Habían sido saqueados durante la última guerra:
Primero fueron las sombras verdes,
Después, las sombras rojas,
Después, las sombras azules
Finalmente, las maravillosas sombras magentas:
Al verse teñidas de pestilentes colores las sombras se
Pusieron a gemir:
–Toca más –le rogaban al Saxofonista de Hamelin
Porque su Diosa Mayor, la Billie Holliday
| había muerto
De sobredosis de Angustia.
Y entonces el Saxofonista de Hamelin siguió
| soplando *Assension*,

Cada vez más *free*, muy *free* y sin moverse
| del templo profanado
Se fue hacia la Moncloa, el *Chinatown* de nuestra
| Ciudad de Oro,
Con las sombras en procesión.
El Saxofonista de Hamelin espantaba a los curiosos
Con agua bendita
Y azotaba con ramos de ortigas
A las sombras multicolores en su lacerada procesión.
El final de este triste cuento lo sabemos todos
En la Ciudad de Oro, ya es parte de nuestro
| pornográfico folclor:
Las sombras mutaron en vírgenes desnudas
Y al descubrir su desnudez en el teatro
Se arrojaron de vergüenza desde el acantilado al mar.

El fin de la guerra en la Ciudad de Oro

Los materiales desechables jamás se unen a la tierra:
Van llenando los espacios donde los arrojan
Hasta rebasar los límites naturales
E impedir el crecimiento de los vegetales.
Y noche a noche escuchábamos desaparecer
Las sombras consumadas en los huecos dorados
| de los baldíos
De nuestra Ciudad de Oro.
Era fácil perderse por los corredores de la noche.
La licantrópía existe en nuestra Ciudad de Oro.
No es suceso extraordinario
Las mutaciones en esta ciudad Sudamericana.
En el desierto rojo de la calle.
En los tristes bares del amanecer.
En las mazmorras subcutáneas.
En la colina umbría del Hades Boite.
En la Angustia de nuestra Diosa Mayor,
Billie Holiday, la zombie, cantando *Strange Fruit*
| desde
Ninguna Parte.
Y en los extraños frutos desollados,
Rojos,
Goteantes,

Que cuelgan de los tilos de la plaza de nuestra
Ciudad de Oro,
Derrumbándose paso a paso hacia el cuero.
La distancia en nuestros pasillos de noche
No se mide por leguas o por millas,
Como la distancia del mar o los llanos,
Sino por los espacios de ausencia
Que van dejando las sombras de los
Cuerpos consumados en la oscuridad del aire.

La lechera de Burdeos (El destierro)

Después de la guerra vienen los destierros.
Edipo Ulises Juntacadáveres.
A Francisco de Goya y Lucientes,
Nuestro Demiurgo de las sombras
Lo desterraron en Burdeos.
No sabemos dónde queda esa ciudad lejana,
Porque la distancia marca todo destierro, donde,
Era fácil perderse por los corredores | el desterrado,
Pobre, se asoma a la costa reiterada tarde a tarde
A mirar el horizonte alucinando
Un montículo dorado que se le antoja su perdida
En el desierto | patria.
Se vuelven hasta tal punto sus materias
Que recorre por los pasillos de su mente las calles
En la cobina umbría del Hades | perdidas
De su vieja ciudad, que por eso siempre llamará
La Ciudad de Oro.
Y las gotas de sangre en los muros, en los alféizares,
En los limpiaparabrisas de los autos abandonados,
Se le ocurren las gotas de rocío al amanecer en las
Rojas | siempre
Inefables infaltables rosas al recuerdo.

Después de ensoñar tantos horrores, monstruos
| y caprichos,
Nuestro Demiurgo de las sombras
Pintó *La lechera de Burdeos*,
Y esa mujer pobre y epifánica
Inclinada en el límite de la sombra y la luz,
Deteniendo para siempre con su cuerpo tranquilo
| y pensativo
El fugaz instante del crepúsculo
Fue como un sueño tranquilo después de una noche
Agitada de pesadillas,
Aunque no sabemos si en alguno de sus trazos
Se oculta, como una vuelta de torniquete, un
| cuerno de toro,
Una pezuña de súcubo,
Un búho del sueño de la razón.

PERO NINGÚN LETRERO ROJO

CLAVADO EN UN VÉRTICE DEL MUSEO DEL PRADO

SE LO ADVIERTE AL ESPECTADOR

Edipo Ulises Junaco diyes

A Francisco de Goya y Lucientes

Nuestro Demiurgo de las sombras

Lo destruyeron en Burgos

No sabemos dónde queda esa ciudad perdida

Porque la distancia marca todo desierto donde

Pobre, se asoma a la cesta colgando

A mirar el horizonte alucinando

Un rincón dorado que se le antoja su patria

Si volverte al punto sus memorias

Que recorre por los pasillos de su mente las calles

De la ciudad perdida

De esa casa que por eso siempre llamara

La Ciudad de Oro

Y las gotas de sangre en los muros, en los alfeizares

En las parabrisas de los autos abandonados

Se le ocurren las gotas de rocío al amanecer en las

Alfombras

Incubables infaltables rosas al recuerdo.

Índice

1. Edipo Androide en la blanca Colono

Carta de Edipo a Aurelia encontrada en la cabeza oxidada de un misil, en Tebas, la anticiudad	14
Carta de Aurelia a Edipo hallada en un depósito de aguas pesadas abandonado en un desierto de Arizona, Colono	16
Carta de Edipo a Aurelia hallada en una gabeta bajo el teléfono rojo del Pentágono, Oklahoma, Tebas.....	18
Carta de Aurelia a Edipo hallada en los documentos desclasificados del Consorcio del Antideseo en la Abadía de Carfax, Colono	20
Carta de Edipo a Aurelia hallada en las inmediaciones de las ruinas del manicomio “Open Doors”, Tebas, Illinois	22

SIETE POEMAS DE AMOR *FOU* DE EDIPO A AURELIA ESCRITOS EN LA FRONTERA DE LA BLANCA COLONO

1. El último beso del vampiro	27
2. Poema póstumo	28
3. Amor a última vista (Walter Benjamin)	29
4. Cacería amorosa	31
5. Violación y parto enamorados	33
6. <i>Fabula in lector</i>	35
7. El dinosaurio o <i>El amor en los tiempos del cólera</i>	37

Carta de Aurelia a Edipo encontrada en el mingitorio del Bagdad Café de la Biblioteca de Babel, Colono	39
Reflexiones de Edipo en el desierto calcinante de la blanca Colono	41
Carta de Edipo a Aurelia donde declara su renuncia al deseo en aras de la muerte, de pie, mirando el horizonte, desde la infranqueable frontera de la blanca Colono	43
Fragmento del diario de Edipo en Colono donde lamenta la exposición del destierro	45
Fragmento del diario de Edipo escrito a la medianoche, en el Colono, bar de los desterrados	47
Edipo, en la blanca Colono, medita sobre algunos aspec- tos de la anticiudad	50
Edipo medita sobre algunos aspectos onomásticos de Colono, la ciudad blanca	52
Carta de Edipo a Aurelia, escrita al inicio de la temporada de caza en Colono, esquivando la roja luna y los jadeantes perros	54
Carta inconclusa de Edipo a Aurelia, ausencia de cuerpo, desde la palidez de Colono	57
Carta de Aurelia a Edipo, donde rememora sus coitos en los tiempos del amor y del can	59
Última carta de Edipo tirano a Aurelia hallada en las riberas del Erídano, Oklahoma, Colono	61
Monólogo de Edipo en el infierno	63

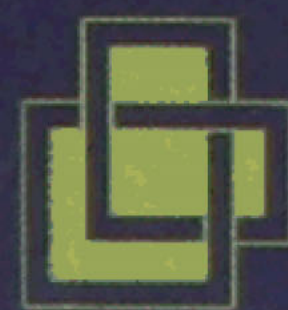
2. Balada del condenado de Oklahoma

I	71
II	77
III	79
IV	81
V	84
VI	86

3. Las jornadas del sordo

La ciudad de oro	93
La quinta del dios sordo	95
El demiurgo	97
La visita de Saturno	99
<i>Animula, vagula, blandula</i>	102
Las metamorfosis del azar	104
Desapariciones	107
Nadie nos ha visto	109
El coloso entre las nubes	111
El coloso entre las nubes II	113
Fenomenología del mal	115
La guerra mental	117
Hilachas	120
La rebelión de las sombras	121
<i>Strange Fruit</i>	123
Perro semihundido	126
El conjuro	128
Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío	130
Una angustiada cabeza de perro	133
El entierro de la sardina	134
El saxofonista de Hamelin conduce a las sombras fuera de la Ciudad de Oro	136
El fin de la guerra en la Ciudad de Oro	140
La lechera de Burdeos. (El destierro)	142

Este libro
se terminó de imprimir
en los talleres digitales de RIL® editores
Teléfono: 225-4269 / ril@rileditores.com
Santiago de Chile, mayo de 2005



OTROS TÍTULOS DE POESÍA
PUBLICADOS POR ESTE SELLO

Clarooscuro
Gonzalo Millán

*Encuentros con
hombres oscuros*
Tomás Harris

El mapa de Ulises
Eugenio Llona

Contradanza
Adrián Santini

Imagen de portada
"Amigos"
Beatriz Hagel



Y ahora las sombras están borrachas,
Están borrachas con leche cortada
Con aguardiente de murtillas negras.
Y se comen a los niños recién nacidos,
Porque ahora los niños nacen sin sombra.
Mutan y mutan sobre el oro viejo de las baldosas
Y nacen sin sombra. Por eso las sombras les beben la sangre,
Haciéndoles una incisión en sus tiernos cuellos
Con sus afiladas uñas negras.
Así son las noches en el Hades Boite cuando entierran la sardina.
Cuando a la luna llena se le cae
Un poco de polvo de su calva de plata sobre la tierra.

